

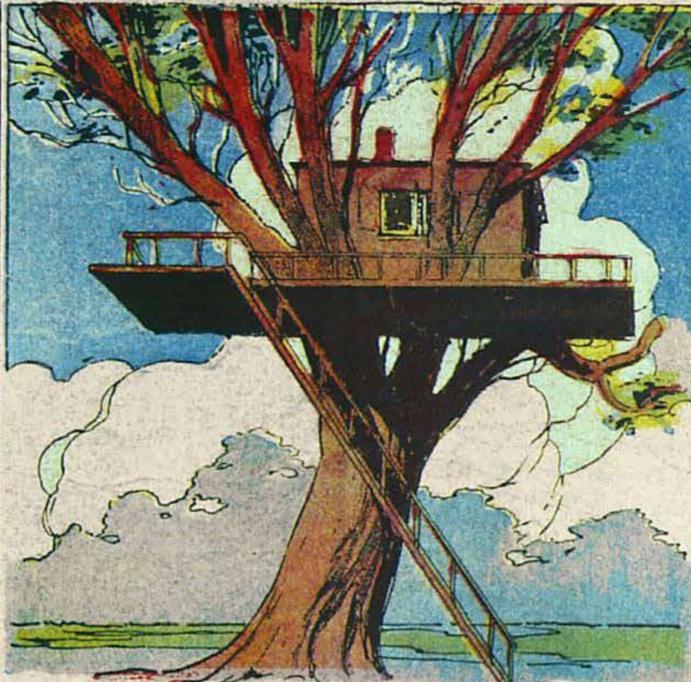
## VISTO Y OIDO

★ Baila sin Oír lo que Tocan ★

por FREMIANI



El GRAN BAILARÍN ALEMÁN **SPIEGEL** INTERPRETE de DANZAS EXOTICAS, es SORDOMUDO de NACIMIENTO.-



En los EE.UU. ESTA MUY DIFUNDA LA COSTUMBRE de APROVECHAR para CONSTRUCCIONES RURALES los **ARBOLES**.



En la FIESTA de la RECOLECCION del **GRANO** en **BUCKEBERG** (ALEMANIA), las CAMPESINAS ACOSTUMBRAN ADORNARSE en ESTA FORMA.



La **BANCA FLORENTINA PERUZZI** HIZO en el SIGLO XIV un FUERTE PRESTAMO al REY **EDUARDO III** de INGLATERRA. El DEUDOR NO PAGO NI PAGARON SUS DESCENDIENTES. Los HEREDEROS de **PERUZZI** SIGUEN RENOVANDO el PLEITO CADA 10 AÑOS, para EVITAR la PRESCRIPCION de la DEUDA.-



En el CASINO de BUENOS AIRES SE JUGO un ADMIRABLE MATCH de FOOTBALL ENTRE **PERROS** con CAMISETAS de COLORES.-

# EL CARANCHO: PATRON DEL CIELO DE LA PAMPA

**E**STE pájaro, que com- bina los instintos rapaces del águila con los hábitos de alimentarse de cadáveres del buitre, ha tenido ya tantos biógrafos que parecería superfluo volver a ocuparse de él con alguna extensión, más acaece que pertenece a una de esas especies versátiles de las cuales siempre hay algo nuevo que decir y, por otra parte, disiento con el mote de imbecil que generalmente se achacan a los viajeros. Es muy probable que este pájaro varíe considerablemente en cuanto a disposición y hábitos, según las distintas comarcas habitadas por él. Me sorprendió en la Patagonia su aspecto abatido y su manera de actuar cobardemente acobardado, tan poco parecido al congénere que había estado acostumbrado a columbrar en la pampa. Últimamente a algunos y todos estaban en una condición de miseria y aparentemente medio muertos de hambre. Se me ocurrió que en esa tierra fría y estéril, donde el botín es escaso, el Carancho está completamente fuera de su sitio; porque en esos lugares debe competir con águilas y buitres muy numerosos, quienes, estando casi fuera de lugar el decirlo, son, en sus actividades peculiares, más fuertes que el Carancho, de estructura más mezclada y menos especializada que la de aquellos.

## En la Patagonia y la Pampa

En la Patagonia es verdaderamente un "miserable pájaro", con muy poca garra sobre la existencia. Cuán distinto es el cuando se pasea por sobre el ilimitado océano de gramíneas, algo más al norte, donde se considera el señor de la raza avícola, porque las águilas y los buitres, que han menester de la montaña y del árbol para empollar y moverse con energía, no acuden aquí para hacerlo a un lado. Aquí el ambiente le es propicio y ha servido para desarrollar en él una espíritu maravillosamente temerario y salvaje. Cuando se le percibe encaramado sobre un hormiguero, parado muy erguido sobre el herbaje alto y plumoso, tiene una traza fina y noble, pero cuando vuela no es gárrido, porque las alas están muy malamente recortadas hacia las extremidades y el vuelo es bajo y poco áairoso. El plumaje es negrozco en el pájaro adulto y marrón en el jovenzuelo. Los costados de la cabeza y el pecho son blancos, tendiendo al color crema; aquella está señalada con puntos negros. La corona está adornada con una cresta o nudo terminal. El pico es más grande que el de las águilas y los buitres y su color es de un azul apagado; la garganta y las patas son de un color amarillo brillante.

## Su designación

Esta especie se ha extendido por toda Sud América y desde el Paraguay hacia el norte se le designa con el nombre, si no me equivoco, de Caracara. Hacia el sur del Paraguay su nombre es sencillamente Carancho, posiblemente una corrupción del vocablo Kanché, la designación que se le da al pájaro aparentado a aquel titulado Milvago chimango, imitando a su displicente aullido. El nombre indio del Carancho en estas regiones es Trará (onomatopeya de su áspero aullido), mal deletreado por Molina, sacerdote español que escribió un libro sobre los pájaros de Chile en el siglo diecioctavo. De ahí deriva el nombre específico de tharax.

## Vida en familia

El Carancho se aparece por toda la vida; a menudo viene y caza en familias del padre y pájaros jóvenes hasta la próxima primavera, y en toda ocasión varios individuos se unen para atacar a su presa, pero ello no obstante no viven cerca unos de otros si vuelan en bandadas. Cada pareja posee su hogar y su sitio de descanso, los cuales siguen usando por tiempos indefinidos, empujando en la misma rama y ocupando el mismo nido año tras año, y, entre tanto, los dos pájaros pueden verse siempre juntos y parecen encariñarse mucho el uno con el otro. He visto una vez a un macho arrojarse sobre un sapo y cargando con él se lo llevó a su conyuge a título de regalo. No constituía el batracio frío, a buen seguro, una magnífica donación, pero el hecho en sí señala que en el pájaro hay algunas cualidades elogiosas que poco es dado el constatar en la familia de las aves rapaces.

En sitios desiertos he hallado tantos caranchos como en los distritos habitados, y después que un águila ha sido ultimado por los perros he podido observar hasta ochenta caranchos que lo despojaban de su carne en el curso de media hora, aunque previamente ninguno de ellos había estado cerca del sitio.

## Su alimentación

Alcides D'Orbigny describe al Carancho como si fuera un parásito que viviera tanto del hombre salvaje como del civilizado, pues le sigue de continuo para apropiarse de los despojos de los animales salvajes o domésticos que aquél mata, y además considera que apenas podría existir sin este recurso. Se cabe duda que el pájaro si-

que al hombre y logra ventajas de su cercanía, pero esto es cierto tan sólo en comarcas muy escasamente habitadas, donde crecen tan sólo pastos o puramente dedicados a la caza, en las cuales una gran proporción de la carne de todo animal matado es dado a las aves del aire. Cuando acrece la población el Carancho se ve forzado al destino de toda especie considerable, que es mirada por la gente como perjudicial a sus actividades.

Sin duda, el Carancho es adicto a comer carroña, pero, sinceramente, que lo es únicamente cuando carece de provisiones frescas; porque cuando se siente famélico prefiere comer cualquier cosa a dedicarse a considerar su propia dignidad o a sufrir verdadera hambre, como el águila nobilísima. He podido ver con frecuencia uno, dos o tres caranchos juntos posados sobre el suelo ante una columna de hormigas voladoras, regalárselas insistentemente de las insectos caídas.

## ARTISTAS RECHAIN



Para que el Carancho coma carne putrefacta es menester que sufra hambre. Sin embargo, le apetece extraordinariamente la carne recién carneada, y cuando se mata a alguna vaca en la casa de la estancia el Carancho acude presuroso para exigir su parte del botín y asiendo lo primero que encuentra lo levanta y se lo lleva antes de que los perros puedan privarlo de ello. Cuando ha alcanzado una altura de seis o siete metros, en el aire deja caer la carne de su pico y hábilmente la vuelve a tomar con sus garras, sin detenerse o aminorar su vuelo. Resulta en extremo curioso que el pájaro parece completamente incapaz de levantar cosa alguna desde el suelo con sus garras, haciendo uso, en cambio, de su pico invariablemente, aun cuando la presa es un animal que sería peligroso el alzar de esta suerte. Vi en una ocasión a uno de estos pájaros descender y agarrar a una rata desde una distancia de cerca de sesenta pies, luego volar con su presa, que se agitaba y aullaba desahoradamente, a una altura de unos veinte pies, en seguida de ella caer de su pico y volverla a agarrar donosamente con sus garras. Sin embargo, cuando va en pos de un pájaro y lo alcanza emplea siempre sus garras, como acostumbra a hacerlo otros halcones. Le antedicho lo he observado con frecuencia y paso a narrar las siguientes anécdotas para demostrar que aun pájaros que uno supondría que estuvieran a saltos del Carancho son atacados por este último en algunas circunstancias.

Mientras desambulaba por un prado sin desmontar, cerca de mi casa, me encontré con una paloma que se estaba alimentando, y reconocí de inmediato que se trataba de una que había comenzado a volar hacía tan solo una semana antes; aunque un gran número de palomas estaban encerradas, el mentado pájaro era precisamente de un color blanco de lo más puro imaginable y durante el transcurso de mucho tiempo había estado procurando el conservar y aumentar las palomas de gran albuza, pero seguido de muy poco éxito, pues los pererrinos, invariablemente, les hacían el blanco de sus ataques.

## El carancho y el frailecillo

Mientras cabargaba un día, un carancho me pasó, acompañado de unos treinta frailecillos, empujados en sacario fuere de su solar, pues se apropiaba la estación de la ería, época en la cual su disposición a la irritabilidad está en su apogeo. De repente, en el momento que un frailecillo pasó

POR

GUILLERMO E. HUDSON

el vuelo, a lo que el halcón comenzó asimismo a darle caza, empresa que imaginó probaría ser enteramente en vano. La caza duró medio minuto, evadiéndose la paloma fieramente, formando círculos, ora subiendo, ora precipitándose cerca del suelo, mientras el carancho la perseguía con vehemencia todo el tiempo. Finalmente, presa de un movimiento de gran terror, el pájaro perseguido volvió hacia abajo, a una yarda de mis pies. Me incliné para agarrarla, cuando el pájaro, espantándose por causa de mi gesto, voló hacia arriba y fué apresada entre los talones de su perseguidor, muy cerca de mi rostro y arrebatada sin remedio.

En otra ocasión, el pájaro atacado fué un frailecillo con espuela, el enemigo irreconciliable del carancho y un perseguidor persistente. Con sólo verle al carancho, el pajarito frailecillo con espuela llega al paroxismo de la irritabilidad y volando en alto se apresura a encontrarse en medio del aire, gritando fuertemente continúan persiguiéndole los carancho hasta que abandona su feudo y luego vuelven a sus posesiones y colocados en forma de tres ejecutan danzas triunfantes, acompañadas por notas estrepitosas que parecen golpes de tambor. Más si su odiado enemigo se posa sobre el suelo o en alguna altura cerca de ellos, revolotean a su alrededor y por turnos se precipitan sobre él violentamente y desahorándose cerca suyo dan vuelta el extremo de sus alas a fin de que la espuela parezca como si le fuera a raspar la cabeza. Mientras uno de los caranchos baja otros suben para renovar sus cargas y sigue esta persecución hasta que el frailecillo se va o ellos se cansan de sus vanos esfuerzos. Sin embargo, el carancho hace poco caso de sus atormentadores, y es tan sólo cuando el frailecillo se acerca mucho, con la intención manifiesta de taladrarle el cráneo con sus agudizadas armas, oculta prontamente su testa, después de lo cual vuelve a asumir su actitud de indiferencia hasta que tiene lugar el ataque del próximo pájaro.

PERO el Carancho no se dió por vencido; no estaba a más de un metro de su canavia y yo estaba situado lo suficientemente cerca como para discernir los lastimeros gritos del frailecillo perseguido entre todo un tumulto, como si se tratara ya de un pájaro cautivo. Al final de cerca de un minuto fué apresado entre las garras del carancho, y todavía aullando con violencia fué llevado a los lejos.

Una verdadera bandada de frailecillos siguió una cierta distancia más luego regresaron al sitio ominoso donde había tenido lugar la pugna entre los dos pájaros y durante el transcurso de una hora continuaron revoloteando en grupos separados, chillando todo el tiempo y destacándose entre los chillidos una nota insólita en sus voces, reveladora de temor o de pesar; además parecía que los pajarillos mantenían entre ellos un agitado diálogo acerca de la confusión que se hacía en sus mentes. Este sentir se manifestó tal como en un número idéntico de seres humanos, influidos por una honda emoción causada por un hecho similar de alguna desgracia que los sobrecogiera de repente.

Ataca corderos y cochinitos. No es, sin embargo, frecuente que el carancho se aventure a atacar a pájaros adultos y vigorosos; sólo debemos hacer una excepción para el tinamú o el perdigón de Sud América.

Devoran los caranchos preferentemente a corderitos tiernos y dolientes y a cochinitos que se han quedado rezagados de las madres respectivas; también atacan y matan a carneros viejos y débiles. Donde acaece algo inusitado a un animal o a un pájaro, el carancho lo averigua prestamente y es capaz de seguir a un cazador que va a la búsqueda de pájaros heridos, guardando con

de gaviotas con capucha y chos fueron los únicos que no se habían reunido alrededor del despojo, y muy cerca suyo una considerable manada de ibises vadeaba el arroyo, en tanto que entre este grupo se mantenía en pie un solitario airón blanco. Dentro de poco aparecieron cuatro caranchos, dos adultos y dos más jóvenes, de plumaje color pardo, y se aparearon cerca de la carcasa. Los jóvenes pájaros empezaron de inmediato a despedazar la carne, mientras que los dos pájaros más entrados en años permanecieron donde se habían apareado,

entonces los sucesos parecieron decidirse en el sentido que el airón hubiese perdido toda esperanza de vivir, pues casi rápidamente, mientras los cuatro caranchos estaban muy cerca de él golpeándolo fuertemente cada tres o cuatro segundos. El desenso durante la segunda mitad de la distancia fué excesivamente rápido y los pájaros se hubieran apeado en casi el mismo sitio de que partieron, sito a unas cuarenta yardas de donde lo estaba observando, pero el airón fué conducido a un costado y cayendo rápidamente tocó tierra, a una distancia de unas docientas yardas del punto de partida. Apenas hubo aterrizado cuando el hambriento cuarteto se precipitó a desgarrarlo con sus picos. Todos parecían igualmente famélicos y acaso los pájaros de más edad tenían aún más hambre que los jóvenes, y no me cabe duda de que si la carcasa del caballo muerto no hubiese estado en un tramo tan avanzado de putrefacción los caranchos no ha-

brian intentado la captura del airón. He observado tan a menudo este caso de un pájaro de color puramente blanco el ser señalado para atacarlo en esta forma que me ha llamado siempre la atención cómo pueden verse con vida las especies harter comunes de las garzas, cuyo colorido es blanco nívico en la América del Sur, pues su albuza excede a la de otras aves acuáticas, en tanto que, comparadas con los cisnes, las cigüeñas y los ibises, son pequeñas y febles. Estoy seguro de ello que si los cuatro caranchos hubieran atacado a un ibis de la clase de los lustrosos habría resultado para ellos una conquista más fácil de hacer. Sin embargo, tengo para mí que se particularizaron con el airón únicamente por el motivo del alto brillo de su vistoso plumaje. Esta pugna entre pájaros fué un espectáculo soberbio y me felicité el haber podido presenciarlo, aunque terminé trágicamente por el pobre airón. En otro caso similar de un ataque de caranchos en conjunto no había cosa de que extrañarse sino es la inteligencia puesta en juego por los pájaros al combinar sus golpes y su mucha tela para que la mente se rebelase en contra de la ferocidad y oscuridad destructiva reveladas por la naturaleza en los instintos de sus hechuras. La escena que paso a referir fué atestiguada por un viejo gaucha, que es muy caro amigo mío y, además de ello, un buen observador de la naturaleza.

Un avistamiento. Transcurrió el verano y en tanto cabalgaba por un camino de herradura situado en un llano cubierto de una densísima vegetación de cardos gigantes, de nueve a diez pies de altura, cuando percibí a alguna distancia, delante suyo, a varios caranchos rondando sobre ese sitio, y de inmediato se dió cuenta que algún animal de gran tamaño había caído allí o que algún cabalgante había sido arrojado de su caballo y yacía tendido y herido entre los cardales. Al acercarse al sitio hallé allí un avecillo abietado de unas cuarenta yardas de diámetro, rodeado de una densa pared de apretadas plantas de cardos y por encima de este lugar volaban caranchos, mientras que otros, estacionados en la vecindad, esperaban al parecer, que algo extraordinario acaeciera. Lo que tanto llamaba la atención de los pájaros era un gran fardelito macho descansando sobre el suelo, y cobijando bajo sus alas extendidas

la muerte del airón. Los había estado observando desde el comienzo con el mayor embelso y ahora empezaba a temer que los pájaros desahorcerían de mi vista, dejándome en la ignorancia de los resultados de la contienda, pero al cabo de un espacio de tiempo empezaron a descender y

manifiestándose poco dispuestos a alimentarse de carne media podrida. Momentos más tarde, uno de ellos levantó el vuelo y arremetió contra los pájaros que estaban en el agua e instantáneamente los pájaros levantaron el vuelo chillando estrepitosamente; los dos caranchos fueron los únicos que no hicieron caso de ello. Durante algunos momentos quedé perplejo ante toda esta algarabía, y lo que ella pudiera significar, cuando de repente, de entre la confusión de la bandada de pájaros que habían volado, apareció el mentado airón, subiendo verticalmente con vigorosos altazos bien medidos. Momentos después, uno de los otros caranchos también emergió de la bandada, en actitud evidente de perseguir al airón, y sólo entonces los dos pájaros pardos se hicieron al aire y se agregaron a los cazadores. Por espacio de algunos minutos pude observar a los cuatro pájaros volando hacia arriba en forma de zigzag, mientras que el airón elevándose en sentido vertical, parecía dejarlos atrás sin remedio. Más poco tiempo después los caranchos lo alcanzaron y lo pasaron, y en el acto de hacerlo cada uno de los pájaros se daba vuelta y atacaba al airón con sus garras y en tanto uno de ellos bajaba las otras subían con la mayor regularidad en los movimientos. De esta suerte continuaron su persecución hasta que el airón pareció tan solo una mancha blanca sobre el firmamento y alrededor de la cual giraban cuatro odiosos puntos negros.

Su agresividad. Cuando se reúnen muchos de estos pájaros se vuelven muy agresivos. Me refirió un amigo que mientras viajaba por el río Paraná, un cisne de cuello negro pasó ante su mirada vehementemente perseguido por tres caranchos, y yo también presencié un ataque de cuatro por cuatro pájaros de especies muy distintas entre sí. Estaba yo parado sobre la ribera de un arroyo, en la Pampa, observando una gran concurrencia de pájaros de todas las especies sobre el lado opuesto donde yacía una res muerta, caballo por más señas, cuyo cuero había sido quitado, descansaba a orillas del agua. De un centenar a dos

una cría de menudos pájaros, no pudo contarlos mi amigo e informado de que no se pasarían de treinta de ellos. Erán muy tiernos, apenas si habían descascarado hacia un día. Tan pronto como se halló en el nido, el viejo fardelito se incorporó, y con la cabeza gacha, agitando el pico, y abriendo sus alas a la manera de un velamen, se abalanzó hacia él; su caballo se espantó sobremanera, y se esforzó por ganar la masa neutra de cardos, haciendo casi imposible pudiera mantenerse el fardelito sobre su cabalgadura. Algo más tarde el fardelito le abandonó, y echando una mirada hacia su nido se admiró de ver que todos los polluelos corrían desahoradamente, en diversas direcciones, mientras las perseguían los caranchos, volteando y matándolos sin piedad. Entretanto el anciano fardelito se movía frenéticamente de un lado para otro empeñándose en salvar a su cría, mas los caranchos cuando dejaban a uno de los fardelitos, corrían sobre otro de los que caminaban a unas yardas más allá; y, como por otra parte estaban empujados en esta tarea unos cinco caranchos, la matanza seguía su curso con intensidad. Mi amigo, que había estado batallando en vano para dominar a su caballo, se vio constreñido de abandonar el lugar, y no se mezcló más en el asunto para ver el desenlace de la tragedia en la cual había intervenido contra su voluntad; pero antes de partir, vió que por lo menos la mitad de los pichos habían muerto, y que todos ellos estaban desgarrados y sangrando sobre la parte del pescuero inmediatamente después de la cabeza; en algunos casos pudo constatar que la cabeza había sido completamente segada.

El carancho y la perdiz. Cuando los gauchos quieren apoderarse de la perdiz llamada Tinamú atraen a los caranchos para que los ayuden en la tarea. El cazador tiene en la mano una larga caña delgada, en cuya extremidad existe un pequeño nudo corchoso; cuando avista a la perdiz corre tras ella en forma de círculo hasta que el ave se acucilla cerca del pasto; entonces acorta los círculos el cabalgante y amengua el andar, en tanto que se acerca a la perdiz, que se mueve sobre el ave desahoradamente hasta que el nudo cae sobre su cabeza y es apresada de esa suerte. La mayor parte de las perdices no se entregan en esta forma tan fácil y franca; si este cazador con trampa mantiene un carancho revoloteando en su vecindad arrojándole de cuando en vez alguna molleja de ave, se avista de tal modo la perdiz más cautelosa que se conserva tranquila y permite que se le capture. En la época del celo los caranchos a menudo combaten entre sí; y algunas veces, cuando la pelea tiene lugar a una gran altura, los combatientes se prenden de ceñidas maneras y caen estrepitosamente a tierra. Mas en todas las contiendas que me ha sido dado presenciar, los pájaros no se han cegado al punto en su ira como para no separarse momentalmente antes del aterrizaje.

Una Sentencia Capital. Al lado de estas contiendas singulares, a que se arriesgan los celosos machos en la época del celo, existen disputas frecuentes entre los caranchos, cuya causa sería difícil de determinar. En estas ocasiones así como cuando van de caza los pájaros se combinan para castigar al agraviador, y en pocas casos, el castigo significa la muerte.

Un extraño ademán. El vocer del carancho es excesivamente fuerte y áspero; doble; está constituido por un "cruk", repetido por dos veces después de lo cual, si el ave se halla comovida violentamente como acaece cuando está herida sacude la cabeza hacia atrás hasta que la cresta descansa sobre el dorso, y la balancea de lado a lado, acompañando de un "cruk" con un prolongado y penetrante aullido de gran poder. Este extraño ademán del carancho, único entre su especie avícola, parece demostrarse con fuerza su espíritu dado la rabia violenta.

Su nido. Este pájaro forma su nido dentro de una gran variedad de situaciones: sobre los árboles, cuando los hay, más es sobre la pampa desnuda, desde vista de árboles, que el carancho se encuentra a sus anchas aquí le hace sobre el suelo, y veces entre pastizales altos; otras escoge un sitio, que es muy o de agrado, una muela isla o terraplén que surge del agua. Cuando la pampa ha seleccionado un lugar apropiado continúa utilizándolo durante muchos años consecutivos. El nido está constituido por una amplia y descuidada fábrica de estacas, mezcladas con huesos, trozos de piel, esteros disecados, y cualquier objeto que no para aumentar la masa de la vivienda. Los huevos se hallan de tres o cuatro, más bien última cantidad que la primera son ligeramente ovalados, y se rian grandemente en cuanto al color y marcas, algunos de ellos ostentan manchas irregulares de color rojo oscuro sobre un fondo de color crema, mientras que otros se ofrecen enteramente de un color rojo tirando al marrón acompañado de algunas manchas negras y borrosas.

ILUSTRACION DE ARISTIDES RECHAIN

# El Juez de los Divorcios

**B**ONITA. Con no más altura que la indispensable para la expresión de unas formas suaves, sólo puntiguadas a la altura del pecho. Blanca, rubia. Con un vestido en manera alguna ajustado, pero suficientemente feliz en la línea del tronco y las extremidades; particularmente del tronco. Así se presentó con su marido, su primer marido, la primera vez. Era el un ejemplo maravilloso de hombre: alto, fuerte, guapo; de modo que hubiera sido utilísimo, según la perfección de sus formas, como camarero de casa grande. No era esta su profesión: era un ingeniero de puentes, acaso con un cerebro sudoroso de cemento armado, cuya mejor virtud no extrayeara en milímetros, a juzgar por sus razonamientos, de las matemáticas elementales.

—No hay otra solución. Es imposible. No se puede vivir así — exclamó el atropellado, disculpándose ante mis ojos.  
Ella no dijo nada. Aparecía como en la más familiar de sus visitas, preocupada en último término consigo misma, y muy particularmente con sus extremos inferiores o sean sus pies, que avanzaban rectos, cruzadas las piernas, en puntas tan agudas...  
—Naturalmente. Es la puerta de escape. Es la reparación. Es la reconquista de la personalidad — dije eufórico y comunicativo, a semejanza de otras veces, pero ahora deseoso como nunca de lograr cierto equilibrio, aunque sólo fuera momentáneo, en aquella pareja. — Antes se decía: el peor concierto matrimonial es preferible al mejor divorcio. Ahora se ha descubierto lo contrario: el peor divorcio es preferible a la más perfecta unión. ¿Por qué no, ahora? Se va al matrimonio con una capacidad limitada de convivencia. No de otro modo que como se va a un concierto, se entiende un viaje, se acude a una cita con una capacidad física, material. Agotada aquella reserva de convivencia, el matrimonio es sólo su sombra, o sea su forma: dos cuerpos en la órbita de unas habitaciones, en el círculo de unas amistades, en la falsilla de diálogos, exclamaciones, bostezos... Ahí tienen ustedes. El divorcio es la reparación, la vuelta a la personalidad. ¿Qué importa que paya que pagar a un abogado diez mil, quince mil pesetas, si por esta insignificante factura el hombre y la mujer recobran lo mejor de sí mismos? Por otra parte, y en las circunstancias de ustedes, la factura no asciende a tanto: es un caso clarísimo.

—¿Clarísimo? Nada de cuanto ha dicho mi marido es verdad, todo es un pretexto. Yo ignoro los verdaderos motivos.  
Dijo ella esto sin acritud. Miró a su marido, me miró a mí después; anduvo un momento como preocupada por su bello, sus guantes; alzó al cabo sus ojos claros hacia un óleo asentado en una librería; pareció esperar.  
—Pero aquí no se trata — expuse con una de mis entonaciones más suaves y persuasivas — de que sean o no pretextos las afirmaciones de su marido. No es eso. Se trata tan sólo de saber si usted acepta estos pretextos; por tanto, su fuerza jurídica; por tanto, el divorcio.  
—¿Cómo no he de aceptarlo? — exclamó ella de nuevo, sin pena ni gloria, pero tampoco indiferente.

—Entonces — continué — todo está hecho. También en el divorcio puede existir limpieza de conducta, fidelidad. También puede haber en el divorcio colaboración, la cual consiste en aceptar en tales casos la no conformidad conyugal de una de las partes. ¿Acepta usted la no conformidad de su marido?  
—Evidentemente — respondió ella sin titubear.  
—De esta suerte, no me cabe otra cosa que tramitar la separación. Por otra parte, si su marido un día, en el rincón de un club o en el antepalco de un teatro, me hace confidencia de sus verdaderos motivos, ello será mero desahogo amical. Nunca argumentos estrictamente jurídicos. En buena parte de los divorcios, hay que elevar los motivos divorciativos (siempre delicadísimos) a la altura de los motivos legales. ¡Y la vida es tan varia, tan amplia, tan rica, tan intrínseca, tan original! Hombre, hay que ser divorcia porque su mujer es demasiado hermosa, o demasiado inteligente, o demasiado elegante, o demasiado apasionada, o porque su mujer tiene una de esas pieles tan finas y resbaladizas, tan lubricadas por suaves, que su contacto produce un modo de pavor a lo increíble, a lo divino... ¿Y cómo escribir como motivo de divorcio estas evidentes virtudes? Aquí la necesidad de la mentira jurídica, tanto más digna de atención cuanto que oculta una verdad indubitable: la imposibilidad de un conubio feliz.

Guardé silencio. El ingeniero dijo entonces, asido a la primera parte de mi discurso:  
—De manera que usted tramitará nuestro divorcio con los motivos que le expuse...  
Asentí con la cabeza, pero mirando a ella; pues temía a la sazón un respingo del instinto de conservación del marido, tan frecuente en semejantes ocasiones. No hubo tal. Ella se levantó primero; él se levantó después; ambos se despidieron a un tiempo, armoniosos y correctísimos, como en el más amable de los mundos. Eso fue todo.

Muchos asuntos de esta suerte tengo al cabo del año. De modo que ya no me acordaba de Teófica (porque la señora del ingeniero, la divorciada dama rubia, se llamaba Teófica), cuando la vi aparecer de nuevo en mi despacho. Venía con otro, su nuevo marido. No era este un hombre por completo feo; algo peor: era un hombre insignificante. Menudo, moreno hasta el indianismo, excesivamente recortado, recordaba este nuevo marido de la rubia, con sus hombreras demasiado angulosas, el maniquí estupidizado de un escarabajo de extraburgo. Ella, Teófica, había crecido. Quiere decirse que habían aumentado en ella sus dobles poderes de irradiación y atracción. Esta vez representaba su figura elementos sobremedios violentos: una llama o un grito, por cuanto ninguna de sus extremos se resignaba a permanecer en penumbra. Sin duda, era ella obra directa del sol, la arena de una playa, el mar. Otoño; acababa de regresar Teófica de un litoral inmediato, la carne apretada y satinada, los cabellos hémidos por las olas, los movimientos dichosamente joviales, la frente, los brazos y el escote marinos.

Como en la ocasión anterior, ella se acomodó en el mismo sitio. Y como el marido anterior, este de ahora comenzó la exposición de sus motivos divorciativos, a todas luces inventados, para acabar en un tono no tanto de queja como de disculpa:  
—No hay otra solución. Es imposible. No se puede vivir así.  
—Naturalmente — exclamé en este punto —. Es la puerta de escape. Es la reparación. Es la reconquista de la personalidad. Antes se decía: el peor concierto matrimonial es preferible al mejor divorcio. Ahora...

—¿Perdón! — me interrumpió Teófica, no sin visible impertinencia, en llegando a este extremo —. Estoy conforme con los pretextos de mi marido. ¿A qué hablar más?  
Comprendí las razones que asistían a Teófica para no oír nuevamente un discurso que ya hubo escuchado por entero, con ocasión de su primer divorcio, una vez. Resumi la situación en dos palabras y asintió el matrimonio; ajusté las cuentas pertinentes... Poco tiempo después, no más de dos meses, Teófica y su marido quedaban a la perfección separados.

Pues bien: tres veces vi a Teófica, con tres maridos diferentes, después de este último marido insignificante. Con la particular circunstancia que no disfrutó ella de cada uno de estos varones más allá del tiempo legal para entablar nuevo divorcio. El hecho nada tendría de extraño si hubiera sido Teófica, con las necesidades de experiencias vitales a que propendía su humanidad — particularmente la movilidad de sus manos, la amplitud de su boca, las ventanillas despiertas, alertas, como olfateadoras impetuosas, de su nariz — quien hubiera impuesto estas inmediatas sustituciones de un hombre por otro. No era Teófica: eran los maridos, algunos realmente risibles, todos inferiores a ella, quienes se separaban de Teófica. Daban ellos impresión inconfundible de escapar... ¿Y por qué? El tercer marido de Teófica era un boxeador de poca monta, aunque algunos de sus certeros puñetazos le habían valido en poco menos de un lustro — el tiempo exacto de su apogeo muscular —, millón y medio de pesetas. Alzado por siempre de las delicias emocionales del ring, este boxeador buscó una mujer, Teófica o cualquiera, con el mismo espíritu propietario con que requirió criados, caballos, perros; con el mismo espíritu propietario con que adquirió un formidable coche, un espíritu propietario con que adquirió un formidable apartamento de hotel. Pero si es cierto que este boxeador estuvo dispuesto a conservar su casa, sus criados, sus caballos, sus perros, no le ocurrió lo propio con su mujer: la trajo a poco a los brazos de mis butacas, sin haber sabido de ella otra cosa que sus particularidades exteriores: su forma, su color, el suave metal de su garganta...

A semejanza de sus antecesores y sucesores, este marido boxeador, tercero de la serie, esgrimió motivos legales inventados. Acordó. Mas, fué entonces, acaso por un móvil involuntario de Teófica, cuando mi atención hacia el caso devino curiosidad. Entendímonos: devino curiosidad purísima, sin duda compuesta, hacia aquella mujer sistemáticamente despreciada. "Si vuelve otra vez, me dije "in mente", no dejaré de averiguar los verdaderos motivos, la verdad".  
Y volví. Esta vez con un joven muy joven, un imberbe con la tez femenina de puro immaculada, un angel casi, cuya proximidad a la infancia lo hacía en extremo atollado por tímido. Y aquí lo extraño: quizás pudo más mi egotismo económico que mi curiosidad desinteresada; acaso fué mi hábito profesional, inclinado de continuo a la discreción; posiblemente cierto terror subconsciente, inconfeso, a palpar con mis propias manos la intimidad espiritual de una rubia tan rubia, cuya gracia se mostraba inestable... No sé. Pero es lo cierto que dejé escapar esta ocasión, acaso la última, para quedarme con un malestar gástrico inconfundible. Con un malestar inconfundible, gástrico, de remordimiento.

**JUEZ:** No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia".

**CERVANTES** (El juez de los Divorcios)

—No, No hasta pronunciar en este caso la palabra adúltero — dije energicamente. — No hasta. Se necesitan pruebas, testigos.

—¡Ah! Pero yo lo corroboro, lo afirmo — replicó ella, Teófica, en actitud evidente de facilitar el divorcio.  
Estaba la rubia nuevamente ante mí, con otro marido a su derecha: Un cuarentón rozagante, sanguineo, rollizo, ovooidal, cuya dorada cadena, tendida de bolsillo a bolsillo, le acariciaba la panza por sobre los picos del chaleco. A su lado era Teófica una pura encarnación poética, un ensueño visible, audible, palpable; una mujer evidentemente vestida, pero cuyo vestido liberal, no tanto exótico como ceñido, proclamaba sin ambages frases perfectas, formas de una retórica por demás contenida, apretada.  
—Todo es cuestión de precio — dijo el marido.  
—O de moral — replicó con evidente desdén.  
—O de tramitar el divorcio en otro sitio — agregó Teófica levantándose.

Sentí que perdía terreno, el "asunto" y la dama; la minuta y el secreto a descifrar de aquella mujer tan admirable como divorciable. Me batí al punto en retirada:  
—Síntese. Usted sabe que le serví cuatro veces. ¿Por qué no he de atenderle esta vez? Lo que acontece nada tiene de extraño... Un abogado debe conocer la verdad auténtica de sus clientes... El defensor de un homicida pregunta siempre al homicida la verdad exacta del homicidio. Precisamente necesita conocer esta verdad en sus pormenores para negarla en público. Su marido de usted arguye un adúltero... ¿Por qué no decirme el verdadero motivo del divorcio, si soy de ustedes en esta coyuntura el defensor, el confesor?

—¡Ah! Si es por eso — contestó Teófica sentándose — pregunte a mi marido.  
De ningún modo — exclamó el marido —. Pregunte a mi mujer.  
Un tanto perplejo, dí al cabo con la solución oportuna, interviniendo con lentitud:  
—Comprendo lo doloroso que suele ser a veces la confesión. Necesita siempre reposo, particularmente soledad. ¿Por qué no viene usted mañana — le pregunté al marido — a mi club? Hay en él rincones, verdaderos confesionarios.  
—No. Gracias — replicó el marido con desagrado —. Nada podría explicarle. Acaso ella pueda ser más explícita que yo.  
Los ojos de Teófica se animaron deliciosamente en este punto.  
—¿Y usted? — le pregunté a ella.  
—Cuando usted quiera. Donde usted quiera.  
—¡Ah!

Y así fué como me vi a solas con Teófica, no en mi club, sino en "Saralevo": una mixtura maravillosa de bar, sala de concierto, peluquería, piscina, cine etc.  
De modo que cuando apareció Teófica y se sentó a la vera mondana, aunque vestida, y tuvo la amabilidad de envolverse con su atmósfera astral, con su olor, y la música atacó las espirales sustentadas, largas y fracasadas, siempre directas hacia el plasmata vivo de mi personalidad personal, y las luces de "Saralevo" iniciaron su flirte humilde, rojo, verde, azul, con las paredes de oro y grana... De modo que cuando aconteció todo esto, quedó de súbito manumitido o purgado de mi curiosidad irónica, abstracta, quiero decir jurídica, para situarme frente a Teófica por completo sencillo. Como transparente. Natural y espontáneo.



por **Salazar Chapela**  
ILUSTRACION DE ROJAS

bre insignificante, el boxeador, el imberbe, el burgués. Subimos al coche.  
—¿De veras — me preguntó ella de nuevo — no te interesa nada de eso?  
—Como no me interesa ningún objeto que abandones.  
—Pero no soy yo quien los abandono. Son ellos quienes me abandonan a mí.  
—¡...!  
—Me abandonan ¿saber por qué? Porque se aburren. Esta es la verdad.  
Debí hacer un evidente gesto de turulato, puesto que Teófica no pudo por menos de preguntarme:  
—¿No te aburrirías tú?  
—De ningún modo — contesté absolutamente convicto, pero no tierno.  
—Te aburrirías también.  
—Nunca. Lo que me gusta no me cansa.  
Fué mi entrada en el desfiladero de las Termópilas. Cierta reciedumbre espartana (la propia fuerza corporal de Teófica) y cierta gracia helénica (los ojos de la misma imberbe, ojos ni marinos ni terrestres, sostenidos en un tinte verde líctico, posiblemente de acantilado) cayeron sobre mí, persa a la sazón. Aún tuve una reserva frívola para debatirme media hora en el coche, aunque me sentía perder palmo a palmo, y ello sin dolores quirúrgicos, los últimos restos de mi personalidad personal. Al final del trayecto, estaba sobradamente concluso el cuadro de mi posición en el globo: "Un hotel en la Avenida de Exe... Una planta baja, en las y despachos para mi vida profesional. Un piso inmediato para la doble existencia social y nutritiva — con su comedor en el centro. Último piso, alta cámara, destinado al pudor".  
—Permite este clima el limonero? — me preguntó Teófica.  
—Sí, — contesté —, aunque jamás había parado mientes en las propiedades del clima.  
—Pues tendremos un limonero. No. Tres limoneros. No. Una fila larga de limoneros.

Debo una explicación ineludible. Tres años ha que vivo en la Avenida del Exe... a la altura del número 42, desde cuyo lugar ofrezco a ustedes, los matrimonios, mis servicios. No olviden que el divorcio es la puerta de escape, o sea la reconquista de la personalidad, la reparación. ¿Qué importa que haya que pagar a un abogado diez mil, quince mil pesetas, si por esta insignificante factura el hombre y la mujer recobran lo mejor de sí mismos?  
Pero vivo con Teófica, eso sí. Con la particular anomalía que no he logrado descubrir aún, en tres años de convivencia teórica, los misterios del ingeniero, el hombre insignificante, el boxeador, el imberbe, el burgués. ¿Qué no podían resistir de Teófica tan ilustres varones? ¿Acaso su personalidad personal? ¿Quizás la suavidad de su piel, tan fina por resbaladiza, tan lubricada por suave, que su contacto produce a veces un modo de pavor a lo increíble, a lo divino...? ¿Quizás repugnaban de ella misma, la suma de sus propiedades musculares, el fluir de su temperamento, su conculción de agua en movimiento continuo, sin fin, equívoco, transparente? Quizás. De todos modos, es seguro que ninguno de aquellos varones hicieron justicia — lo que se dice hacer justicia — a Teófica. ¿Por qué? ¿Sordera? ¿Falta de olfato?  
—¡Ah! No se olviden: Necesito mucho dinero: Avenida de Exe... 42. Hotel.

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks





# LA ULTIMA AVENTURA DE JUAN TABES

## ALIAS SEISDEDOS

**D**ENTRO de los límites de la ciudad de Buenos Aires, nada hay más bello que las barrancas de Saavedra, sobre la estación Rivadavia, última del F. C. Central Argentino en el orilla del municipio. Lugas, agregate, unos pocos chalets — rojo y blanco — distribuidos como al acaso en la cuesta verde, y modernas mansiones también aisladas o centenarias ombúes de enorme follaje sobresaliente en el alto horizonte, son advertidos con placer por la mirada del viajero, desde la ventanilla del tren; pero el paisaje no ofrece verdadero deleite sino a quien lo abarca y contempla con detenimiento.

Juan Tabes, apodado Seisdedos en su pago de Guadalupe, sintió algo de ese gusto, quince días antes, cuando, huyendo a las consecuencias de la muerte que había cometido, llegó a la casucha de latas y maderas de su hermano Plácido y, sentado, y quietada su alma con la sensación de un seguro refugio, pudo compartir los mates familiares y tender sin recelos la mirada hacia las barrancas.

Ahora no era del todo lo mismo. Subía hacia ellas con el ceño de pescados al harado, después de haber ascendido y descendido las empinadas escaleras del puente de la estación. Sentía el cansancio metiéndose como una cuña dolorosa hasta el homoplato, sin que calmase tal sensación la humedad de los chorreantes peces trasapando sus ropas y llegando a sus carnes.

Veía, antes de empezar, que eso de vender habría de resultarle cosa no tan llevadera como el salir con el alba a recorrer el espinal en la barca de Plácido. Ya se había hecho al remo y a la movilidad a veces corcovante de la pampa líquida. Desde que dejaban la orilla avistaba fácilmente, como su hermano, las dos lejanas boyas, 200 brazas una de otra, que señalaban los extremos del tulo de pesca. Por vivos, colorados y resbaladizos que estuviesen los grandes pescados, era ya diestro en desprendarlos del anzuelo y dejarlos caer en la lancha sin pérdida de tiempo. Distinguía casi todos los buchos del río, desde ese faisán de los peces, el dorado, vestido de luciente maila de oro y plata, hasta el fiero bagre sapo, ronador y duro para morir, malición del espinal.

— ¡Pescado... or...!

Lo sorprendió el oír su propia voz al dar el primer golpe. No vibraba, no se extendía esparciéndose en la luz de la mañana con la musicalidad atrayente de la de Plácido.

Sin embargo lo llamaron del primer chalet, tal cual lo indicó su hermano que sucedería; más allá, de una casa baja; a la vuelta de la primera esquina, de una huerta de verduras. Echó cerca de media hora en cuestionar precio y clase de pescado con esas marchantas. Sintió vivos deseos de plantificarle un pedazo de surubi en la cara pecosa a la última, que en mitad del trato se le antojaba quedarse con el armado por ochenta centavos. — ¡Le he dicho que el armado está vendido en los pesos! ¿Qué quiere? — protestó él. Y, mené mal, le dejó el trazo de surubi.

Quando iba a cargar el canasto, distinguió en frente, arriba, entre la confusión de árboles de diferentes formas y diversos verdes, las negruzcas tejas y pilares descascarados de la vieja residencia jesuítica en que vivían una familia alemana y otra criolla afectas al pescado del río. Pero — por donde — había entrado allí. Se embobó un momento en la contemplación y volvió a tomar la calle del respecto. Pregón y no lo llamaron. — ¡A la vuelta averiguaré la entrada, si me queda pescado! — se dijo. Y vio en lo más alto de la cuesta una casa vetusta que se atravesaba en el camino como cerrándolo. Allí vivía el que había sido dueño de todos estos sitios, un viejo militar retirado a quien Rinalda, la mujer de Plácido, le llevaba la ropa. El le compraría el armado por dos pesos, y si estaba con la buena, le preguntaría sobre una y otra cosa y charlaría con él. No había nada que deseara, porque tenía una cuenta arriba con un canasto al hombro. Se previno. Sabía que sus enemigos lo espiaban. A veces un hombre aparecía apostado en el puente de la estación o confundido en un cerco vivo, y desde allí vigilaba días enteros la casa. ¿Quién sería éste, ahora, que venía disfrazado de pescador?

— ¡Buen día! — exclamó desde el camino Juan Tabes, alias Seisdedos.

El hombre de la galería no dio respuesta.

Un poco molesto, Seisdedos insistió.

— ¡No está el coronel!

— El general, dirá, — advirtió cortante el de la galería. — Seisdedos titubeó. Su hermano lo llamaba el coronel, como todos, porque era el que el nuevo gobierno lo hubiese hecho general.

Con cierto atrevimiento en su evidente molestia, Seisdedos repitió:

Yo pregunto por el coronel Agujón.

— ¡El general, vuelvo a advertirle!

Y bajando el tono, pero siempre con firmeza, el de la galería agregó:

— Aquí lo tiene.

Juan el Seisdedos no precisó más para comprender su doble equivocación. Pero — por que ese que debía traer como el "magante" que era, vestía un termo descolorido y un chambrero teñoso y engrasado por el sudor de los años?

Visto de golpe, ni siquiera un peón quintero parecía, sino un perfecto atorrante. Pero comenzando a hablar, se notaba en él a un hombre de carácter impetuoso y acostumbrado al mando, más que lo era el, Seisdedos, el grupo de Guadalupe, y ahora en silencio, con un canasto de pescador descargado a los pies y sufriendo el trato sobrador y sarcástico que adivinaba le iba a dar el de la galería.

Por lo pronto, no lo invitaba a pasar como al hermano, indicándole que abriera el portillo; ni ordenaba silencio al perro, atado a pocos pasos; ni a las cotritas chillonas que iban y venían en el respaldo de su largo asiento.

— ¿Y cómo sabe que me gusta?

— Me lo dijo mi hermano.

— ¿Quién es tu hermano?

— Plácido, el pescador.

— Hum... No sabía... Precisamente, tiene usted cara de Plácido, — sentenció con ironía el coronel, que, bastón en mano, puesto de pie, gallardo, había medido y recorrido luego con sus miradas a Seisdedos y no dejaba de observarle la cara mongoloide, cuya estrada boca se torcía en un gesto canallero de sonrisa forzada, y cuyo entreciño revelaba posibilidades de sombrío empecinamiento.

— Levantó Seisdedos el pez con ambas manos.

— ¡Véalo, don: es grande!

— Para usted, lo será. No pesa ni cinco kilos. Dígame a su hermano que me traiga uno de arriba, como el año pasado.

Y sin mirarlo ya, el coronel dio unos pasos y llamó:

— ¡Mari!

Apareció una mujer tras de la rejá de la ventana. Era mucho más joven que él.

— ¡Míralo: ahí lo tenía el perro, — le dijo señalándole un sabueso que olisqueaba el pescado a pocos pasos de Seisdedos. — ¡No lo ves renguear?

— ¡Sí, pobrecito.

— ¡Por qué renguea? — se atrevió a preguntar Seisdedos jugando la última carta.

Sin mirarlo, pareciendo contestar a una pregunta de su mujer, el coronel dijo:

Las otras noches le metí un chumbo.

Con eso el altivo, dándole del todo la espalda, se iría adentro, según parecía.

Seisdedos, negocio sin hacer y despreciado personalmente, no deseó retirarse así nomás.

— ¡Ahora está como usted, — afirmó mirando con desafío al coronel, de quien había descubierta la leve cojera al verlo dar los primeros pasos.

El militar, que de mil trances de muerte, entre balas civilizadas y flechas salvajes, saliera sin un rasguño, se había venido a herir un pie hachando inoportunamente leña, ahora, en sus

— ¡Buen día! — exclamó desde el camino Juan Tabes, alias Seisdedos.

El hombre de la galería no dio respuesta.

Un poco molesto, Seisdedos insistió.

— ¡No está el coronel!

— El general, dirá, — advirtió cortante el de la galería. — Seisdedos titubeó. Su hermano lo llamaba el coronel, como todos, porque era el que el nuevo gobierno lo hubiese hecho general.

— ¡Buen día! — exclamó desde el camino Juan Tabes, alias Seisdedos.

El hombre de la galería no dio respuesta.

Un poco molesto, Seisdedos insistió.

— ¡No está el coronel!

— El general, dirá, — advirtió cortante el de la galería. — Seisdedos titubeó. Su hermano lo llamaba el coronel, como todos, porque era el que el nuevo gobierno lo hubiese hecho general.

extraña que usted no lo sepa.

El coronel, con su salida, había herido más en lo vivo de lo que esperaba. Vió que ese sexto dedo, algo así como una parrilla del dedo cónico, en todo caso grotesco y repulsivo apéndice prensil, era nada menos que el "penacho" de ese malevo. Porque, lo había descubierto: el mozo era un malevo.

¡Venirle con malevadas a él, al coronel Agujón, que así como tenía atravesada la casa en el camino de la barranca, se había atravesado durante medio siglo en la política de su país con temeridad manifiesta! ¿Qué el orgulloso viejo mirándole fijo, inmutado, sin responderle, pronto quizás a desearrjarle un tiro como lo había hecho con el perro al volví a abrir la boca.

Comprendiéndolo, sintiéndose despectivamente el cero a la izquierda que en ese lugar de Buenos Aires era, Seisdedos abandonó su empaque retador, se agachó, cargó el canasto y se fué, sin que de la casa lo siguieran otras voces que los ladridos del perro y la chachara de las cotritas.

Rinalda acompañaba con valor a Plácido en el mantenimiento del hogar formado por ambos en el bajo, hacia algunos años, cuando regalaban los primeros lotes de esos terrenos anegadizos. Verdaderos héroes de la vivienda, los recién casados armaron entonces su nido de latas y maderas viejas sobre el barro, desafiando despiadados ardores y mosquitos del verano y cruzadas e inundaciones del invierno.

Peo ahora, crecida la barranca, todo mejoraba en ella, a pesar de que el cuadro de vias férreas, con sus temidos rápidos que tantas muertes ocasionaban en el lejano paso a nivel, la mantuviesen separada de la ciudad. Sus años iban a la escuela; su marido, de vuelta del río y vendido el pescado, se daba tiempo para secundarla en el cuidado de plantas y pájaros que alegraban la casucha.

La venida de Juan el Seisdedos lo perturbó todo. Hubo que tenderle cama en la cocina, y no se pudo impedir al agua de los temporales que lo visitaran en su jergón, por delicado y protestador que fuese el "niño".

Hasta la vez en que a Plácido se le ocurrió confiarle la venta de los peces del otro lado de la vía, lugar de los marchantes ricos, Juan el Seisdedos se mostró comedido. Pero ese día regresó ebrio, diciendo del coronel que era un "falluto", pues se había insolentado contra el Viejo, padre y dueño de la patria, en un reportaje aparecido en cierto diario. Traicionaba así al partido, al que pertenecía hasta que el Viejo presidió el país. Entonces se torció y amenazó derrocarlo. Por eso el Viejo le había puesto espías, que se los levantó el nuevo presidente, su compinche, quien además lo nombre general para tenerlo de su lado.

Con la borrachera, Juan el Seisdedos, que había sido informado sobre el coronel vaya a saberse dónde y por quienes, barbotó, alaricó, confesó su verdadera situación, apenas presentada por Plácido y Rinalda. El, dijo, no estaba allí, de farde

en el camino Blandengues, sino que hosco y mal dispuesto unas veces, confianzudo y procaz otras se esclipaba durante días y aparecía intempestivamente, borracho o medio borracho, acompañado, si se le antojaba, por alguno de esos "reos" que él "haría de línea", no se sabe con qué intenciones de acaudillar vagabundos: cosa que tal vez realizara mateando en el potrero de yeguas que cerca del río, en un raleado sauzal, cuidaba el viejo Domínguez.

Rinalda se había prevenido contra su cuñado desde el día que se presentó en la casa y a la pregunta de ella por Raimunda, mujer de Juan, dijera, sencillamente: "la hice a un lao". Como si fuera apenas imaginable tal proceder, con una muchacha buena, madre de tres hijos de ambos, aguantadora de los mil sobresaltos y disimuladora de las mil pellejeras del malevo con quien el destino la juntara!

Pero comenzó a odiarlo a muerte desde cierta ocasión de aborrecible memoria. LAVA BA ella. A pocos pasos de su tina se había sentado Juan y la contemplaba con el aire de burlesca seguridad propia del gato que juega con su presa. Llegó a sentir miedo, un miedo como nunca lo había sentido en la proximidad de Seisdedos. Y ni una vecina se detenía a darle los buenos días y a ofrecerle con eso la ocasión de retenerla y ampararse disimuladamente. De pronto el hombre la tuteó acusándola de ciertas infidelidades absurdas, sólo posibles en el caso perverso de que fuese ella su concubina, engañadora, por lo tanto, de su marido. Un gran asco transformó el miedo que Rinalda sentía, en un coraje capaz de todo. Lo advirtió Juan, viéndola por primera vez suspender el fregado y clavarle la mirada con el gesto de quien va a escupir toda la rabia que ha juntado.

Arrolló, no sin decirle todavía:

— ¡Ya sé que le batís mugre, y por eso Plácido se me retriba. Me lo han convertido en una chancleta, y con el puto contar.

— Contar... ¡para qué fechorías!

En esas llama a la puerta un hombre que apenas podía tenerse. Su traza es la de un infeliz alcoholista. Juan el Seisdedos lo contempla un rato y se va a su encuentro pensativo. El alcoholista habla con un ronquido poco perceptible. Seisdedos lo hace pasar. Tambaleante, dice el recién llegado:

— ¡Siento un cansancio bárbaro, hermano.

— ¡Has venido a pie desde Guadalupe?

— ¡Avisá!

Al querer sentarse en la silla que le ofrece, casi se va de cabeza al suelo.

Entretanto Rinalda friega y considera una vez más la insolencia de Juan, quien, sin pedir permiso, sin advertir de quienes se trataba, seguía de tal suerte introduciendo extraños en la casa.

— ¡Pantái! — se oyó una orden.

— ¡Déjamelos a tiro! — se oyó otra indicación.

Aunque el perro no daba tréguila al que retrocedía, sonaron balazos, cuyos fuegos indicaban que habían sido disparados contra el animal. Tras los quejidos de éste, el fugitivo desapareció.

— ¡Falló la carna! — susurró alguien entre el yuyal de enfrente de la casa. — ¡Balaosmos?

— ¡Todavía no, — respondieron con rabia. Y el que lo hizo se destacó entre la maraña, avanzó hasta la calle y desde allí dijo a grandes voces que habían presumido la arrogancia del gesto, que tenían tonto hiriente y que revelaban ciega imprudencia:

— ¡Salí si sos quién, general de grupo! ¡Aquí está Seisdedos! ¡Vení a cortarle la porquería!

Trascurrió un momento de silencio y de espera, en pos del cual el gritón ordenó:

— ¡Bala a la casa!

Y al mismo tiempo, como si de golpe hubiera medido la insensatez de su temeridad, quiso volverse, huyendo, hacia su escondite, pero cayó después de largo tambaleo entre el cicital.

Primero que los tiros que de distintos puntos sonaban dirigidos a la casa, hubiese oído el que con furor breve y castañada entrecorrida, partió con tratamiento desde la ventanilla de la galería. Ese dinero fué el que dio en Seisdedos.

— ¡Fáquenme! — decía éste.

Fue alboroto por largo trecho hasta al balcón que orbitaba la misma finca del coronel y que constituía su ropan.

En bajar sus puros, los militecos se decidían tras el cono, postergando la retirada, los señores, hasta que dos disparos simultáneos, marcando con su rayadura el punto de partida, fueron hechos desde una ventana baja y el balconcito Norte de la casa. Prefirió decir: "¡Se vuelven, aquí estamos!"

Hacia la provincia salvadora, delante de allí unos pasos, se fueron alejando los atacantes.

Los pocos habitantes de vibrantes y silenciosos entonces a hurtarse del lugar.

Una noche, temprano como siempre, se había acostado Plácido, pidiendo a Rinalda que tuviera un poco más de paciencia respecto de Juan y sus comprometedoras molestias.

— ¡Al fin es mi hermano, Comprendí, — le había dicho. Y después de convencerse que no había ya esperanza de que se aseguera y entrase en la vida del trabajo honrado, se durmió.

No así Rinalda, que vivía sobrelata, en constante desvelo, temiendo por la seguridad del hogar.

Oyó los disparos de arma de fuego y estuvo atenta, el corazón golpeante, llena de presentimientos siniestros.

Al cabo de media hora oyó llamar a la puerta con voz que conocía y que aunque no era la de Juan el Seisdedos, creyó que éste la remedaba para disimularse.

— ¡Plácido, pronto! — decía el que llamaba.

Con ímpetu de fiera que defiende a su cría, se echó de la cama y fué hasta allí.

— ¡Rete! ¿Qué sucede?

Era Rete, el muchacho que el viejo Domínguez tenía en el potrero y le llevaba las yeguas al río.

— ¡Ahí detrás de la casa de Alfredo quedó Seisdedos, está allí muriendo. Quiero que me ayude, para que la policía no supiese nada. Yo me voy.

Y Rete huyó sin atender respuesta. Y en pos de él salió corriendo Rinalda.

No transcurrieron cinco minutos sin que regresara ahñante y pálida de tremendo extravío.

Plácido acababa de consultar el reloj junto a la palmarita y se enteraba de que no era todavía hora de salir al río en busca de su lancha.

— ¡De dónde venís! ¿Qué pasa? — preguntó a su hijo, alarmado. — Te veo con ganas de echar a Juan. Si viene, no te metas en eso. Yo iré a arreglar las cosas con más tino.

Los chicos se revolviéron quejidos en su canchilero volviendo a cerrar los ojos.

Lo cierto es que Rinalda acababa de estar con Seisdedos. Se había lanzado como una loca hacia allí. Quiso saber, saber, saber.

Lo halló caído largamente, boca arriba, sobre el barro. Un reflejo de las distintas luces de la estación le daba en la cara exangüe. Su aliento era corto.

— ¡Raimunda! murmuró — ¡muero.

Rinalda lo miró y le dijo, calándole la cara con su aliento de ira:

— ¡No soy Raimunda; soy Rinalda. Pero vengo a vengarte a Raimunda. ¡Asesino!

Los ojos de Seisdedos se abrieron con un miedo cerval y quedaron fijos en esa faja de mujer enfurecida que lo envolvía y aniquilaba con una expresión inexorable.

— ¡Maldito! ¡Tomá; sufí! ¡Tomá; sufí! ¡Tomá; sufí!

Tres salivazos de Rinalda hicieron caer los ojos tres veces al caído. Con una exhalación larga y una sacudida de todo su cuerpo los volvió a abrir y a fijar aterrados en la cara de Rinalda quien seguía reptándole, a un palmo de distancia, con quemante y bronco acento:

— ¡Maldito! ¡Maldito!

Pero viendo que al fin se lo decía a un cadáver, se volvió a la casa.

Con esto, Seisdedos se levantó llevándose a Chiquizuela.

— ¡Bueno; te has ganado el escabido, Vamos.

La comunicación telefónica entre el caudillo doctor Nimosis, de Guadalupe, y el diputado nacional doctor Leitel, de Buenos Aires, habíase reducido a estas palabras: "Va a ir Seisdedos. El le dirá por qué está en ésta, si es que usted ya no lo sabe, y comprenderá que se trata de "un gauchó". En la

— Deschavate, rápido.

— ¡Querosén, hermano.

— ¡Aquí no hay más que leche. Vive gente delicada. Además, bastante has escabido ya.

El ebrio mira los ladridos del suelo como si quisiera desentrañarse el secreto de la vida y el misterio de la muerte, y los ojos se le van cerrando.

— ¡Tomaremos unos amargos, — resuelve Seisdedos. Y mientras que en la cocina prepara el mate, el otro se le duerme.

— ¡Pero ¿se puede saber alguna vez a qué individuos mete usted en nuestra casa? — le pregunta Rinalda viéndolo volver junto al borracho dormido, con la pava y el mate.

— Che, Chiquizuela: no apóllés; despartate, que te voy a presentar a mi cuñado.

— ¡Sí, señora; yo soy el cuñado de Seisdedos; yo soy...

— ¡Vos no sos el cuñado de nadie, sino la esponja de todos.

Viendo que Juan quería gozarse en una escena grotesca entre el borracho y ella, Rinalda volvió a atender su tina sin hacerles aparentemente caso.

El llamado Chiquizuela dijo a Juan que Raimunda lo extrañaba mucho, que no hacía más que llorar por él, que estaba sin recursos, que el doctor sólo le había pasado unos pesos al principio.

— ¡Quiere vivir junto a vos, hermano, estés donde estés y pase las penas que pase.

— ¡Mirá Chiqui: no te me vengas de arreglar entre tu hermana y yo, porque sino te doy aquí mismo una de bíabas que no volvéis a Guadalupe: no a ser que con el chucho que ya te está entrando se te pase la tranca del todo y habléis en serio. ¿Qué es lo que te manda decirme el doctor? ¡Habla!

— ¡Pero Chiquizuela tardó en ir al asunto que interesaba a Seisdedos. Lloró buen rato, y entre sus lágrimas silabeaba:

— ¡Sos falluto, hermano, con Raimunda.

A lo que Seisdedos repetía la amenaza de pegar al borracho, presentiendo, por las crispaciones de su partido, sin comprometerse a quienes lo mandaban, que había hecho con el periodista Sellés, en Guadalupe, lo había con el mismo "taita" de los pocos pagos, si llegaba el caso, así fuese tan tirador de pistola, según decían, como el "fiff" que gobernaba a los argentinos, nada más que por una debilidad del Viejo. Pero todo volvería a entrar en vereda. Para eso estaba él ahí, el Seisdedos. A ver si el sarnoso coronel de la ba-

— Che, Chiquizuela: no apóllés; despartate, que te voy a presentar a mi cuñado.

— ¡Sí, señora; yo soy el cuñado de Seisdedos; yo soy...

— ¡Vos no sos el cuñado de nadie, sino la esponja de todos.

Viendo que Juan quería gozarse en una escena grotesca entre el borracho y ella, Rinalda volvió a atender su tina sin hacerles aparentemente caso.

El llamado Chiquizuela dijo a Juan que Raimunda lo extrañaba mucho, que no hacía más que llorar por él, que estaba sin recursos, que el doctor sólo le había pasado unos pesos al principio.

— ¡Quiere vivir junto a vos, hermano, estés donde estés y pase las penas que pase.

— ¡Mirá Chiqui: no te me vengas de arreglar entre tu hermana y yo, porque sino te doy aquí mismo una de bíabas que no volvéis a Guadalupe: no a ser que con el chucho que ya te está entrando se te pase la tranca del todo y habléis en serio. ¿Qué es lo que te manda decirme el doctor? ¡Habla!

— ¡Pero Chiquizuela tardó en ir al asunto que interesaba a Seisdedos. Lloró buen rato, y entre sus lágrimas silabeaba:

— ¡Sos falluto, hermano, con Raimunda.

A lo que Seisdedos repetía la amenaza de pegar al borracho, presentiendo, por las crispaciones de su partido, sin comprometerse a quienes lo mandaban, que había hecho con el periodista Sellés, en Guadalupe, lo había con el mismo "taita" de los pocos pagos, si llegaba el caso, así fuese tan tirador de pistola, según decían, como el "fiff" que gobernaba a los argentinos, nada más que por una debilidad del Viejo. Pero todo volvería a entrar en vereda. Para eso estaba él ahí, el Seisdedos. A ver si el sarnoso coronel de la ba-

— Che, Chiquizuela: no apóllés; despartate, que te voy a presentar a mi cuñado.

— ¡Sí, señora; yo soy el cuñado de Seisdedos; yo soy...

— ¡Vos no sos el cuñado de nadie, sino la esponja de todos.

Viendo que Juan quería gozarse en una escena grotesca entre el borracho y ella, Rinalda volvió a atender su tina sin hacerles aparentemente caso.

El llamado Chiquizuela dijo a Juan que Raimunda lo extrañaba mucho, que no hacía más que llorar por él, que estaba sin recursos, que el doctor sólo le había pasado unos pesos al principio.

— ¡Quiere vivir junto a vos, hermano, estés donde estés y pase las penas que pase.

— ¡Mirá Chiqui: no te me vengas de arreglar entre tu hermana y yo, porque sino te doy aquí mismo una de bíabas que no volvéis a Guadalupe: no a ser que con el chucho que ya te está entrando se te pase la tranca del todo y habléis en serio. ¿Qué es lo que te manda decirme el doctor? ¡Habla!

— ¡Pero Chiquizuela tardó en ir al asunto que interesaba a Seisdedos. Lloró buen rato, y entre sus lágrimas silabeaba:

— ¡Sos falluto, hermano, con Raimunda.

A lo que Seisdedos repetía la amenaza de pegar al borracho, presentiendo, por las crispaciones de su partido, sin comprometerse a quienes lo mandaban, que había hecho con el periodista Sellés, en Guadalupe, lo había con el mismo "taita" de los pocos pagos, si llegaba el caso, así fuese tan tirador de pistola, según decían, como el "fiff" que gobernaba a los argentinos, nada más que por una debilidad del Viejo. Pero todo volvería a entrar en vereda. Para eso estaba él ahí, el Seisdedos. A ver si el sarnoso coronel de la ba-

que se espla, le aconseja adoptar la táctica india de la ocultación tras los penachos móviles de las cortaderas.

Algo, pues, de marañosa atalaya tiene a tener para su dueño la casa, allí puesta sobre un talud, en lo más alto de la barranca y frente al camino principal.

Un farol a querosén, del servicio público, alumbró por la noche desde su poste la encrucijada y el frente de la mansión, de suerte que el coronel, que para su uso interno no emplea otra luz que la de un primitivo candelero portátil, ve cuanto pasa afuera por ese lado sin ser jamás visto ni entrevisto adentro.

Pero esa noche pesada de diciembre, que ha seguido a un día de lluvia sin aliviar la atmósfera, sucedió algo que tiene sobre aviso y en guardia al coronel. Al oscurecer fué encendido como siempre el farol; los trenes llegaron y dejaron a algunos vecinos en la estación; éstos caminaron y metiéronse en sus moradas, lo que no pudieron hacer sin embarrarse, por más que anduvieron en puntas de pie o sortearon baches saltando.

Pasó lo que se ve en el cuadro de los vigilantes a caballo. Y al



rate, como hombre desconocido, como brotado del pie mismo del farol, ascendió por el palo semejante a un sombrío pruebista abrió la urna de vidrio y apagó la luz.

Los chajás y el perro del coronel, desde hacía un momento, habían advertido la conveniencia de levantarse y observar. Lo hizo el anciano con la oportunidad de verle la cara al desconocido soplando el farol.

— ¡Mari! — llamó.

— ¡Qué?

— ¡Esta noche no es de dormir. ¡No es de dormir! ¿No chechueca, entonces?

— ¡Basta. Estate como yo, alerta y en silencio. Cuando te diga "ahora", salís arrastránlole y desatás a Nahuel.

— ¡Verdad que ladra mucho y los chajás alrearte. ¡Y qué oscuro afuera, Virgen Santísima!

— ¡Basta, he dicho.

La casa enmudeció. Horas más tarde no llegaron trenes a la estación. Sus luces parecían ahogarse en la soledad tenebrosa. Las del Bajo, en el camino Blandengues, apenas competían con las intermitentes chispitas azuladas y errantes de las luciérnagas. El cror de las ranas sólo servía para pronunciar, por contraste, el gran silencio reinante.

Alguien que desde la calle de través se aproximaba caminando con dificultad, jadeante y gimiendo, sombra en la sombra, decía:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡No puedo más! ¡Un poco de agua, por favor! ¡Dios mío, qué hambre, qué cansancio! ¡Un poco de agua! ¡Una buena alma que me ayude a llegar a la estación! ¡Qué sed! Me muero, me muero. ¡Ay! ¡Ay!

Las mis mas palabras estremecidas de pena, con acento de gran debilidad, que parecían de mujer, eran repetidas a breves intervalos, llenando la noche de conmovedora pavora.

Al ladrar del perro del coronel, alguió el de los demás vecinos, formando un coro agresivo a los ayes del ríflido ser que, agarrado del poste del apagado farol, prosiguió diciendo:

— ¡Me muero! ¡No puedo más!

De pronto, un ruido como de bestia lanzada por sobre la baranda de la casa, hizo egruir y dar dos pasos ágiles a la quejosa persona, entre chasquidos y salpicaduras de barro.

El Nahuel la atacaba a rugidos y tarascónes, y el hombre revoloteaba el manto en que había venido arrebutado, a

primera ocasión, empujó y verá que el hombre se porta".

La primera ocasión que se le ofrecía al doctor Leitel era precisamente esa de poder castigar y tener a raya al engreído "general Agujón" por las insolencias con que se había descomentado contra el Viejo en los reportajes que se acababan de publicar. Los correligionarios del grupo de Leitel habían estado pensando en el hombre que, no capa de una simple balada nocturna de la casa, de una alharaca sin mayor gravedad, despachase, si a mano venía, al peligroso militar señalado. Nadie más que "providencialmente" venido que el Seisdedos, del que conocía el Doctor las hazañas, y que, desaparecido de Guadalupe a raíz de la muerte del periodista Sellés, y "descansando" como se hablaba en el bajo de Saavedra, había tenido oportunidad de "describir" en el temerario militar de la barranca, no sólo a un "traidor" del partido, sino que también a un "enemigo personal".

Cierto es que la casa del coronel Agujón se atravesaba en el camino sobre la calle que lo cortaba, formando corte; pero lo hace segadamente; de modo que al que viene sabiendo le ofrece casi dos veces, la de la galería de precipitado alero y la descubierta y franca del costado Norte, con dos ventanas de rejá abajo y un balconcito saliente arriba.

De entre las grietas del muro, junto al balcón, sale y busca la altura un palán-palán verde gris, arbusto de años, que parece querer competir en altivez con los ombúes cuyas frondas entrecubren la casa formándole gallarda cresta.

El palán-palán, vegetal favorito de las ruinas, simboliza la dejadez de la morada; dejadez voluntaria entre la que el coronel se embosca mejor; pues si su carácter lactancioso y bravo lo impulsa en todo momento al reto sin embargo, su situación de hombre mal querido a

que se espla, le aconseja adoptar la táctica india de la ocultación tras los penachos móviles de las cortaderas.

Algo, pues, de marañosa atalaya tiene a tener para su dueño la casa, allí puesta sobre un talud, en lo más alto de la barranca y frente al camino principal.

Un farol a querosén, del servicio público, alumbró por la noche desde su poste la encrucijada y el frente de la mansión, de suerte que el coronel, que para su uso interno no emplea otra luz que la de un primitivo candelero portátil, ve cuanto pasa afuera por ese lado sin ser jamás visto ni entrevisto adentro.

Pero esa noche pesada de diciembre, que ha seguido a un día de lluvia sin aliviar la atmósfera, sucedió algo que tiene sobre aviso y en guardia al coronel. Al oscurecer fué encendido como siempre el farol; los trenes llegaron y dejaron a algunos vecinos en la estación; éstos caminaron y metiéronse en sus moradas, lo que no pudieron hacer sin embarrarse, por más que anduvieron en puntas de pie o sortearon baches saltando.

Pasó lo que se ve en el cuadro de los vigilantes a caballo. Y al

rate, como hombre desconocido, como brotado del pie mismo del farol, ascendió por el palo semejante a un sombrío pruebista abrió la urna de vidrio y apagó la luz.

Los chajás y el perro del coronel, desde hacía un momento, habían advertido la conveniencia de levantarse y observar. Lo hizo el anciano con la oportunidad de verle la cara al desconocido soplando el farol.

— ¡Mari! — llamó.

— ¡Qué?

— ¡Esta noche no es de dormir. ¡No es de dormir! ¿No chechueca, entonces?

— ¡Basta. Estate como yo, alerta y en silencio. Cuando te diga "ahora", salís arrastránlole y desatás a Nahuel.

— ¡Verdad que ladra mucho y los chajás alrearte. ¡Y qué oscuro afuera, Virgen Santísima!

— ¡Basta, he dicho.

La casa enmudeció. Horas más tarde no llegaron trenes a la estación. Sus luces parecían ahogarse en la soledad tenebrosa. Las del Bajo, en el camino Blandengues, apenas competían con las intermitentes chispitas azuladas y errantes de las luciérnagas. El cror de las ranas sólo servía para pronunciar, por contraste, el gran silencio reinante.

Alguien que desde la calle de través se aproximaba caminando con dificultad, jadeante y gimiendo, sombra en la sombra, decía:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡No puedo más! ¡Un poco de agua, por favor! ¡Dios mío, qué hambre, qué cansancio! ¡Un poco de agua! ¡Una buena alma que me ayude a llegar a la estación! ¡Qué sed! Me muero, me muero. ¡Ay! ¡Ay!

Las mis mas palabras estremecidas de pena, con acento de gran debilidad, que parecían de mujer, eran repetidas a breves intervalos, llenando la noche de conmovedora pavora.

Al ladrar del perro del coronel, alguió el de los demás vecinos, formando un coro agresivo a los ayes del ríflido ser que, agarrado del poste del apagado farol, prosiguió diciendo:

— ¡Me muero! ¡No puedo más!

De pronto, un ruido como de bestia lanzada por sobre la baranda de la casa, hizo egruir y dar dos pasos ágiles a la quejosa persona, entre chasquidos y salpicaduras de barro.

El Nahuel la atacaba a rugidos y tarascónes, y el hombre revoloteaba el manto en que había venido arrebutado, a

primera ocasión, empujó y verá que el hombre se porta".

La primera ocasión que se le ofrecía al doctor Leitel era precisamente esa de poder castigar y tener a raya al engreído "general Agujón" por las insolencias con que se había descomentado contra el Viejo en los reportajes que se acababan de publicar. Los correligionarios del grupo de Leitel habían estado pensando en el hombre que, no capa de una simple balada nocturna de la casa, de una alharaca sin mayor gravedad, despachase, si a mano venía, al peligroso militar señalado. Nadie más que "providencialmente" venido que el Seisdedos, del que conocía el Doctor las hazañas, y que, desaparecido de Guadalupe a raíz de la muerte del periodista Sellés, y "descansando" como se hablaba en el bajo de Saavedra, había tenido oportunidad de "describir" en el temerario militar de la barranca, no sólo a un "traidor" del partido, sino que también a un "enemigo personal".

Cierto es que la casa del coronel Agujón se atravesaba en el camino sobre la calle que lo cortaba, formando corte; pero lo hace segadamente; de modo que al que viene sabiendo le ofrece casi dos veces, la de la galería de precipitado alero y la descubierta y franca del costado Norte, con dos ventanas de rejá abajo y un balconcito saliente arriba.

De entre las grietas del muro, junto al balcón, sale y busca la altura un palán-palán verde gris, arbusto de años, que parece querer competir en altivez con los ombúes cuyas frondas entrecubren la casa formándole gallarda cresta.

El palán-palán, vegetal favorito de las ruinas, simboliza la dejadez de la morada; dejadez voluntaria entre la que el coronel se embosca mejor; pues si su carácter lactancioso y bravo lo impulsa en todo momento al reto sin embargo, su situación de hombre mal querido a

primera ocasión, empujó y verá que el hombre se porta".

La primera ocasión que se le ofrecía al doctor Leitel era precisamente esa de poder castigar y tener a raya al engreído "general Agujón" por las insolencias con que se había descomentado contra el Viejo en los reportajes que se acababan de publicar. Los correligionarios del grupo de Leitel habían estado pensando en el hombre que, no capa de una simple balada nocturna de la casa, de una alharaca sin mayor gravedad, despachase, si a mano venía, al peligroso militar señalado. Nadie más que "providencialmente" venido que el Seisdedos, del que conocía el Doctor las hazañas, y que, desaparecido de Guadalupe a raíz de la muerte del periodista Sellés, y "descansando" como se hablaba en el bajo de Saavedra, había tenido oportunidad de "describir" en el temerario militar de la barranca, no sólo a un "traidor" del partido, sino que también a un "enemigo personal".

Cierto es que la casa del coronel Agujón se atravesaba en el camino sobre la calle que lo cortaba, formando corte; pero lo hace segadamente; de modo que al que viene sabiendo le ofrece casi dos veces, la de la galería de precipitado alero y la descubierta y franca del costado Norte, con dos ventanas de rejá abajo y un balconcito saliente arriba.

De entre las grietas del muro, junto al balcón, sale y busca la altura un palán-palán verde gris, arbusto de años, que parece querer competir en altivez con los ombúes cuyas frondas entrecubren la casa formándole gallarda cresta.

El palán-palán, vegetal favorito de las ruinas, simboliza la dejadez de la morada; dejadez voluntaria entre la que el coronel se embosca mejor; pues si su carácter lactancioso y bravo lo impulsa en todo momento al reto sin embargo, su situación de hombre mal querido a

primera ocasión, empujó y verá que el hombre se porta".

La primera ocasión que se le ofrecía al doctor Leitel era precisamente esa de poder castigar y tener a raya al engreído "general Agujón" por las insolencias con que se había descomentado contra el Viejo en los reportajes que se acababan de publicar. Los correligionarios del grupo de Leitel habían estado pensando en el hombre que, no capa de una simple balada nocturna de la casa, de una alharaca sin mayor gravedad, despachase, si a mano venía, al peligroso militar señalado. Nadie más que "providencialmente" venido que el Seisdedos, del que conocía el Doctor las hazañas, y que, desaparecido de Guadalupe a raíz de la muerte del periodista Sellés, y "descansando" como se hablaba en el bajo de Saavedra, había tenido oportunidad de "describir" en el temerario militar de la barranca, no sólo a un "traidor" del partido, sino que también a un "enemigo personal".

Cierto es que la casa del coronel Agujón se atravesaba en el camino sobre la calle que lo cortaba, formando corte; pero lo hace segadamente; de modo que al que viene sabiendo le ofrece casi dos veces, la de la galería de precipitado alero y la descubierta y franca del costado Norte, con dos ventanas de rejá abajo y un balconcito saliente arriba.

De entre las grietas del muro, junto al balcón, sale y busca la altura un palán-palán verde gris, arbusto de años, que parece querer competir en altivez con los ombúes cuyas frondas entrecubren la casa formándole gallarda cresta.

El palán-palán, vegetal favorito de las ruinas, simboliza la dejadez de la morada; dejadez voluntaria entre la que el coronel se embosca mejor; pues si su carácter lactancioso y bravo lo impulsa en todo momento al reto sin embargo, su situación de hombre mal querido a

</

# El Misterioso Asesino de

## \* Rameau \*

**E**l negro Rameau vivía solo y ocupaba un departamento de tres piezas en el penúltimo piso de aquella casa, que formaba parte de un barrio construido "en serie". Era un hombre o parecía serlo, pues no se le conocía profesión y gastaba el dinero en forma fantástica. En repetidas ocasiones el propietario le había pedido que abandonara el departamento; pero el negro se encogía de hombros insolentemente. Hasta que un sábado la situación creada en la casa por el negro tuvo un desenlace inesperado y trágico.

Rameau había sido asesinado en una de sus habitaciones y su cuerpo había desaparecido en la forma más extraña e inexplicable. Las sospechas recaeron en un individuo a quien se empleaba en la casa y en algunos inmuebles vecinos para descargar y transportar el carbón y la leña. El crimen había sido cometido con la pala de ese individuo. Un antecedente sugestivo justificaba las sospechas: Rameau había sostenido una violenta discusión cuatro días antes con el carbonero, quien tenía una tortuga que el negro, en un momento de ira, arrojó contra la pared, partiéndola en dos y determinando así su muerte.

El carbonero era un francés llamado Victor Goujón. Había trabajado de solista, debiendo abandonar su profesión porque se había herido la mano derecha. Victor Goujón había se-



ra del papel con la letra del carbonero...

El sábado, a las 3 de la tarde, una criada que subía al departamento de Rameau vio a Victor Goujón en la escalera. El carbonero, restregándose las manos, le dijo:

—Por fin me veo libre de ese negro... Ahora no podrá seguir molestándome...

El carbonero bajó. La criada llamó a la puerta del negro. No obteniendo respuesta, penetró en el vestíbulo y pasó a la salita. Apenas había lanzado una mirada a la pieza cuando cayó desvanecida. Rameau estaba caído sobre un canapé; su cabeza colgaba hacia el suelo casi hasta tocarlo. Presentaba una tremenda herida en el cráneo; en el piso se veía una pequeña mancha de sangre.

La criada permaneció desmayada durante diez minutos, más o menos. Cuando recobró el conocimiento; huyó de la salita y subió a las habitaciones de la portera. Joven extremadamente impresionable, sólo tuvo tiempo de gritar:

—Un crimen... un crimen. ¡Lo han muerto!

Y sufrió un segundo desmayo que le duró un cuarto de hora. Por último, pudo contar lo que había visto. La portera y varias personas de la casa escucharon entonces al departamento del negro. Se veía aún en el suelo la mancha de sangre; la pala — instrumento del crimen — estaba apoyada en la chimenea. Pero... ¡el cadáver había desaparecido!

El detective Hewitt y el inspector Nettings tuvieron a su cargo la pesquisa del crimen. —Yo creo en la culpabilidad de Victor Goujón — sostenía

el inspector. He encontrado en la salita un papel que no deja lugar a dudas. El papel tenía prendido un alfiler. La criada recuerda que ese papel estaba sujeto en el pecho del negro. Se habrá caído, seguramente, cuando transportaron el cadáver. ¿Sabe usted francés?... El papel dice: "Puni par un vengeur de la tortue". O sea: "Castigado por un vengador de la tortuga". La tortuga de Goujón! ¡Victor Goujón es francés!... ¡Victor Goujón se embarca para Francia el mismo día del crimen!

—Lo que me sorprende — insinuó Hewitt — es que Victor Goujón proclame a los cuatro vientos su culpabilidad. ¡Ese papel sería una confesión! —No olvide que Victor Goujón es un desequilibrado. Rameau había terminado por ponerlo fuera de sí, con sus bromas pesadas... Por otra parte, tenga en cuenta que el crimen fue cometido con la pala del carbonero...

—¿Dónde está a Victor Goujón? — ¡Cotejó la escri-

ptiva, terminó por recordar este último detalle que Hewitt consideró de importancia, si bien no se refería a la ropa blanca.

—El señor Rameau tenía un sobretodo marrón. Lo usaba muy raras veces. El sobretodo ha desaparecido.

La portera, llamada a declarar, dijo lo siguiente, acerca del carácter de Victor Goujón: —No. No creo que fuera hombre capaz de matar a nadie. ¡Nadie mata a un hombre por una tortuga!... En cuanto al viaje a Francia, creo que Goujón lo venía meditando ya hace tiempo... Seguramente por eso ya no ponía tanta dedicación en su trabajo... A veces se olvidaba la pala o los baldes de carbón en las escaleras...

—Bien. ¡Nadie advirtió el sábado la presencia de ningún extraño en la casa? — preguntó Hewitt. ¡No vieron salir a un individuo cargado con un bulto demasiado grande?...

—No. Mi marido estaba en la planta baja cuando la cria-

da subió a decirnos que había encontrado muerto al señor Rameau. Y mi marido no vio salir a nadie...

En ese momento un empleado del señor Styles se presentó en el departamento. Traía una muestra de la escritura de Goujón, encontrada por el propietario de las casas.

¡Admirable! — exclamó el inspector Nettings. ¡Ahora tendremos la prueba definitiva! Hewitt confrontó los papeles, concluyendo:

No es la misma letra. La frase "Castigado por un vengador de la tortuga", ha sido escrita por la mano torpe de un hombre sin ilustración. La letra de Goujón es por el contrario, pequeña, fluida, segura.

—¡Goujón! — falsificó su letra, entonces!...

Hewitt, encogiéndose de hombros, encaró con el empleado del propietario:

—¿Hay ascensor en la casa? —No. Hay únicamente un

montacargas que se utiliza para la leña y para los paquetes muy grandes. Goujón lo manejaba. A veces subía el mismo en el montacargas desde el subsuelo.

—¿El depósito de leña está en el subsuelo? —No. El depósito queda debajo de la casa contigua, pero los sótanos se comunican. Usted sabrá que este grupo de casas pertenece al señor Styles.

—¡Ajá!... — Hewitt meditó un instante. ¿Qué nombre de pila tenía el señor Rameau? —César. Es al menos el nombre que figura en el contrato de locación.

—¿Usted venía a cobrar los alquileres? —Sí, señor.

—¿César Rameau no le dijo nunca si tenía parientes? —Me ha' ba de sus parientes todas las veces que nos veíamos — informó el empleado. Un día, estando borracho, me aseguró que él era el personaje más importante de la casa. ¡Y hasta me aseguró que su hermano era primer ministro!... Cosas de borracho... En realidad, no creo que jamás haya hablado en serio de su verdadera familia. Nosotros no teníamos por qué hacer averiguaciones al respecto. El señor Rameau alquiló la casa gracias a los excelentes informes que acerca de él nos dio una institución bancaria.

Hewitt se acercó al inspector Nettings e hizo a éste los siguientes comentarios:

—El papel encontrado en la pieza es ordinario y está escrito con tinta roja. Rameau usaba papel de muy buena calidad y en el departamento sólo hay un frasco con tinta azul. Es decir que el papel fue escrito en otra parte y traído aquí... Conclusión: el crimen ha sido premeditado...

—¿Tanto peor para Goujón! — ¡Usted cree?... No. Goujón no tiene nada que ver en este asunto... ¡Quién se lle-

vó el cadáver, según usted, el mismo Goujón?...

—Es lo que trataré de averiguar.

—Yo le facilitaré la tarea, Nettings. Escuche: el cuerpo fue llevado por alguien a quien usted conoce. Le diré más, usted ha pronunciado hoy el nombre de esa persona.

Nettings miró perplejo al colega y articuló:

—Pero... ¿ese personaje que se llevó el cuerpo es, al mismo tiempo, el que comió el crimen?...

—¡No!... — exclamó Hewitt. ¡El que se llevó el cuerpo es inocente!... Yo iré a interrogarlo... ¡Será un testigo interesantísimo!

—¿Esa persona habría presenciado el drama? —Es muy probable.

Nettings objetó:

—Su hipótesis me resulta excesivamente complicada. Salvo que usted se quiera referir a la criada... o a la portera... Yo opto por la más sencilla: Goujón es el autor del crimen. ¡Lo importante es atrapar a Goujón.

—¡Hum!... — replicó Hewitt, diciendo: — ¡Lo importante, amigo Nettings, lo realmente importante, es consultar un mapa del mundo!

—¿Cómo dice? — boqueó Nettings.

Pero Hewitt lo dejó sin respuesta, abandonando el departamento. Nettings se volvió entonces al empleado del señor Styles:

—¿Ha entendido usted algo de lo que ha dicho mi colega? — ¡Ni una palabra! — confesó el empleado. Excepto...

eso de que usted había pronunciado el nombre del criminal. Y me temo... ¡que su colega se haya referido al señor Styles!... Es el único nombre, además del de Goujón, que le oí pronunciar a usted.

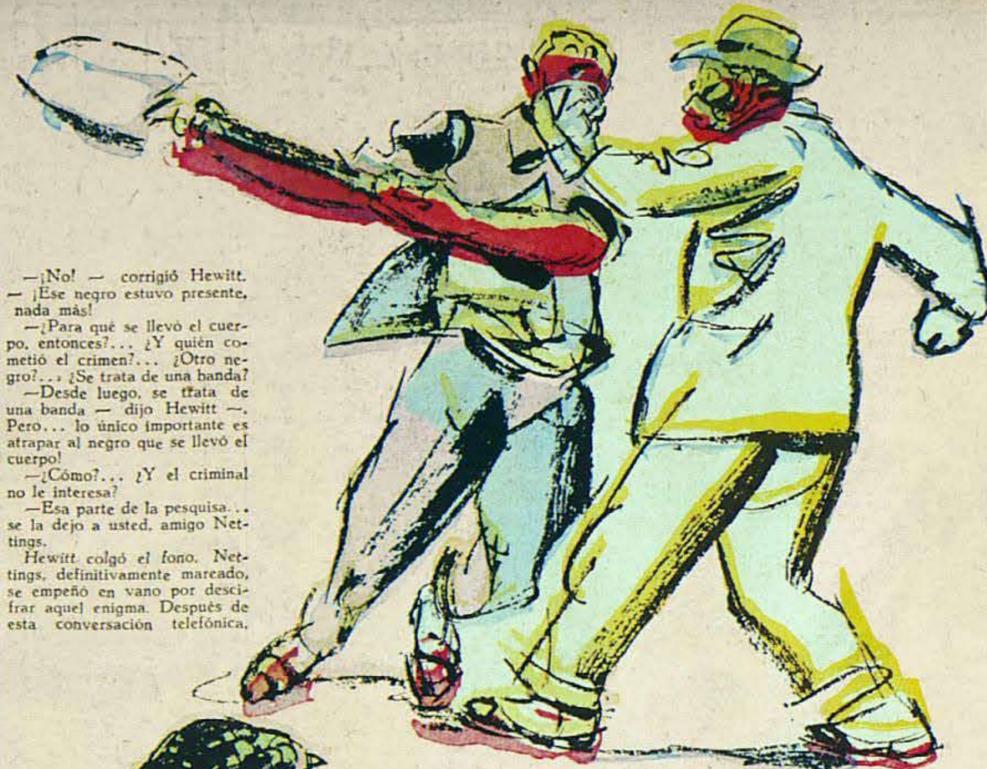
Un rato después, Hewitt llamaba por teléfono a Nettings, para preguntarle:

—¿Y?... ¡Consultó el mapa? — ¡El mapa? — indignóse el inspector — ¡Déjese de bromas, hombre!

—No era una broma. Yo he consultado el mapa. Mi pesquisa marchaba a las mil maravillas... En América hay una isla que se llama Haití, habitada por negros, sobre todo en su parte occidental. Las revoluciones se suceden allí semanalmente y son sangrientas. Entre las familias negras de la isla, el odio político llega a todos los excesos imaginables... Hay, cerca de Haití, una pequeña isla a donde se destierra a las autoridades depuestas... ¡La isla de la Tortuga!... Los naturales que hablan francés, la llaman "La Tortue"... ¡Comprende usted ahora el sentido del papel prendido al pecho de César Rameau?...

¡Y en Haití hubo un primer ministro que se llamó Septimus Rameau!... ¡Septimus Rameau envió mucha gente a la isla de la Tortuga!... ¡Y César Rameau es, sin duda, hermano de aquel primer ministro! Si el papel no hubiera estado escrito todo en letras mayúsculas, hubiéramos comprendido en seguida que la tortuga no podía ser el animalito de Goujón... Hasta luego, Nettings... ¡Olvídense de Goujón... y dedíquese a la búsqueda de un negro de Haití! ¡Por allí está el secreto del drama! ¡Yo haré lo mismo. ¡Ese negro es el que llevó el cuerpo! — ¡Y el que comió el crimen! — exclamó Nettings.

—Buenos días — saludó —. ¡Cómo va esa pesquisa! ¡Ha demostrado usted ya la culpabilidad de Victor Goujón? — ¡Insisto en que no es necesario demostrarla! ¡He llegado a la conclusión de que la banda de negros utilizó a Victor Goujón para cometer el crimen. De esa manera se concilian su hipótesis y la mía. —Entonces... lamento comunicarle que se equivoca, amigo Nettings. ¡Yo he atrapado



Hewitt se dedicó a interrogar a los cocheros que tenían su parada en la plaza de la próxima a la serie de casas. Dos horas tardó en averiguar lo que necesitaba saber: quién había llevado a un pasajero que vestía sobretodo marrón. Un cochero le informó, por fin:

—¡Ah, sí!... Creo que tomó el coche de Bill Stammers. Era un tipo alto y fornido. Yo lo vi. Llevaba un largo sobretodo marrón y se había levantado el cuello. Tenía el sombrero encasquetado hasta los ojos... Creo que llevaba también una gran bufanda blanca... Pero ahí llega Bill Stammers... El sabrá informarme mejor...

Dos minutos después, el venerable cochero, Bill Stammers, daba a Hewitt preciosas indicaciones. Y el detective se dirigió a la estación de ferrocarril, donde, luego de interrogar a los letteros y guardas, tomó el tren para trasladarse a una localidad cercana.

A la mañana siguiente, el detective Hewitt penetraba en el despacho del inspector Nettings:

—Buenos días — saludó —. ¡Cómo va esa pesquisa! ¡Ha demostrado usted ya la culpabilidad de Victor Goujón? — ¡Insisto en que no es necesario demostrarla! ¡He llegado a la conclusión de que la banda de negros utilizó a Victor Goujón para cometer el crimen. De esa manera se concilian su hipótesis y la mía. —Entonces... lamento comunicarle que se equivoca, amigo Nettings. ¡Yo he atrapado

al criminal! ¡Y ese hombre no es Victor Goujón! — ¡Quién es?... ¡Dónde está? — ¡Está en un calabozo. Ya le diré quien es. Pero permítame explicarle cómo pude orientar mi pesquisa... Lo que desde un principio me sorprendió fue saber que el cuerpo había desaparecido a pesar de que le habían prendido un papel en el pecho... ¡Para que dejaban esa leyenda de venganza en el pecho del cadáver?... ¡Con qué objeto pusieron el papel! Evidentemente, para que se supiera que se trataba de una venganza. ¡Y si lo prendieron en el cuerpo de César Rameau era porque no pensaban llevarse el cuerpo. Esto demostraba que el que se había llevado el cuerpo no era el mismo que había descargado la pala sobre la cabeza de Rameau... Luego examiné

el departamento. Había una mancha de sangre vista por la criada. Pero no había ningún otro rastro de sangre entre el diván y la puerta. Si el cadáver hubiese sido arrastrado, hubiéramos visto algunas manchas, por lo menos... Otro detalle: en el departamento faltaba un sobretodo. Y... ¡aquí está la clave del asunto!... ¡en el baño no había ninguna toalla en uso!... Me parece que el misterio queda aclarado.

—Para mí, no — confesó Nettings —. ¿Se llevaron en brazos el cuerpo de Rameau? — ¡Le pusieron el sobretodo!... ¡Limpiaron las manchas con la toalla y se llevaron ésta!

—No — dijo Hewitt —. Recuerde usted que quien se llevó el cuerpo no era el que había asesinado, el golpe con la pala, según quedaba demostrado, por la presencia del papel.

—¡Basta — gritó Nettings —. ¡Renuncio a descifrar el enigma!... Tenga la bondad de exponerme sin formularme más preguntas. Ante todo: ¿quién mató a César Rameau? ¿Cómo

— ¡No! — corrigió Hewitt. — ¡Ese negro estuvo presente, nada más! — ¡Para qué se llevó el cuerpo, entonces?... ¡Y quién comió el crimen?... ¡Otro negro!... ¡Se trata de una banda! — Desde luego, se trata de una banda — dijo Hewitt —. Pero... lo único importante es atrapar al negro que se llevó el cuerpo! — ¿Cómo?... ¡Y el criminal no le interesa? — ¡Esa parte de la pesquisa... se la dejo a usted, amigo Nettings.

Hewitt colgó el fono. Nettings, definitivamente mareado, se empeñó en vano por descifrar aquel enigma. Después de esta conversación telefónica,

detuvo usted al asesino de César Rameau? Hewitt sonrió.

—Nadie mató a César Rameau.

—¿Cómo que no?... ¡No dice usted que el criminal ya está en el calabozo? — ¡En efecto.

—¿Y entonces?... Hewitt encendió un cigarrillo, tomó asiento y afirmó:

—Usted carece de imaginación, Nettings. No quiero atormentarlo más. César Rameau no ha sido asesinado. César Rameau fue herido, nada más que herido por un negro de Haití, que deseaba vengarse por ciertas cuestiones políticas. Ese negro utilizó la pala que Victor Goujón se había dejado, como también otras veces, olvidada en la escalera. Ese negro huyó por el montacargas, saliendo a la calle luego de atravesar el subsuelo que comunicaba con las casas vecinas. Usted sabe que el cráneo de los negros es increíblemente duro. El golpe produjo una herida a Rameau, desvaneciéndolo. El otro negro lo creyó muerto, le prendió el papel en el pecho y se marchó. Llegó luego la criada, que sufrió un desmayo de diez minutos, y sufrió arriba otro largo desmayo. Durante este segundo desmayo de la criada sucedió lo siguiente en la salita de Rameau. Nuestro hombre volvió en sí; se aprestó con la mano; se incorporó; fue al baño, se lavó la herida; se envolvió el cuello y parte de la cabeza con una toalla, en forma de contenedor de la hemorragia; tomó su sombrero y su sobretodo... y se largó a su vez por el montacargas. ¡Eso explica la desaparición del sobretodo y de la toalla!... Quien se llevó el cuerpo no fue... el mismo Rameau... El crimen, pues, no había sido cometido por Victor Goujón... el autor del crimen es...

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

detuvo usted al asesino de César Rameau? Hewitt sonrió.

—Nadie mató a César Rameau.

—¿Cómo que no?... ¡No dice usted que el criminal ya está en el calabozo? — ¡En efecto.

—¿Y entonces?... Hewitt encendió un cigarrillo, tomó asiento y afirmó:

—Usted carece de imaginación, Nettings. No quiero atormentarlo más. César Rameau no ha sido asesinado. César Rameau fue herido, nada más que herido por un negro de Haití, que deseaba vengarse por ciertas cuestiones políticas. Ese negro utilizó la pala que Victor Goujón se había dejado, como también otras veces, olvidada en la escalera. Ese negro huyó por el montacargas, saliendo a la calle luego de atravesar el subsuelo que comunicaba con las casas vecinas. Usted sabe que el cráneo de los negros es increíblemente duro. El golpe produjo una herida a Rameau, desvaneciéndolo. El otro negro lo creyó muerto, le prendió el papel en el pecho y se marchó. Llegó luego la criada, que sufrió un desmayo de diez minutos, y sufrió arriba otro largo desmayo. Durante este segundo desmayo de la criada sucedió lo siguiente en la salita de Rameau. Nuestro hombre volvió en sí; se aprestó con la mano; se incorporó; fue al baño, se lavó la herida; se envolvió el cuello y parte de la cabeza con una toalla, en forma de contenedor de la hemorragia; tomó su sombrero y su sobretodo... y se largó a su vez por el montacargas. ¡Eso explica la desaparición del sobretodo y de la toalla!... Quien se llevó el cuerpo no fue... el mismo Rameau... El crimen, pues, no había sido cometido por Victor Goujón... el autor del crimen es...

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!

—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!

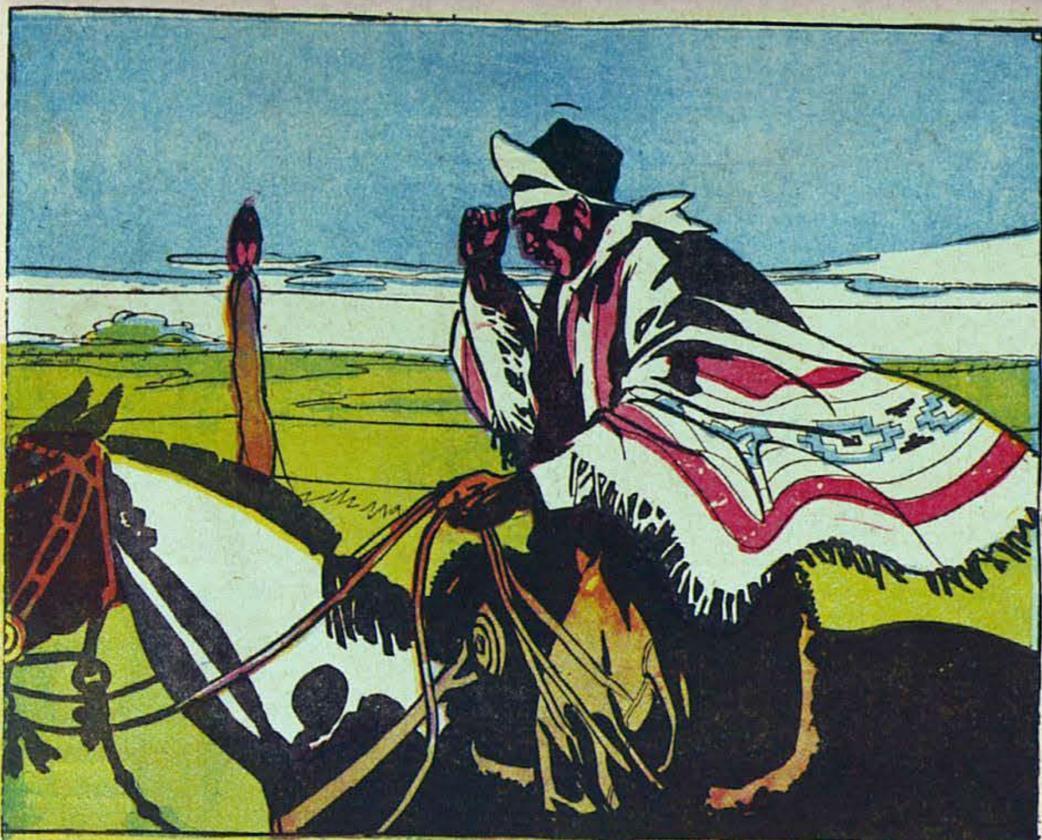
—¡Eh?... ¡Qué?... ¡Cómo! — ¡Sí! César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huido por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Saltó a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fue a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dio muerte de un balazo... Ahora si que la explicación ha terminado... ¡Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblo de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!

—¡Pero, amigo Nettings!... ¡Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida? — ¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau! — ¡Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora si que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¡Quiere enterarse de las novedades!... — ¡El asunto ha terminado, si — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¡No le he dicho que el criminal está en el calabozo? — ¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¡Quién es el criminal detenido!

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¡No lo ha adivinado aun!... ¡El criminal es César Rameau!



CUENTO CRIOLLO

# ★ ¡Cruz Diablo! ★

**C**ORRAL de palo a pi- que. La novillada cuar- decida por el apato, muje en medio es aquel retazo de campo polvoriento, donde tienen lugar las operaciones, moviéndose de un lado a otra, inquieta y rui- gente como una tormenta...

La mañana azulada aun por los reflejos del alba, enciende en las cosas suaves destellos, que contrastan con la inquietud de las bestias, cuyos bellos humeantes, despiden vapor de fatiga.

Los caballos, una docena de caballos criollos, de poca al- zada, pero de gran resistencia, movidos por el continuo azo- tar de los rebuques van ar- dendo, a pechosos, la hacienda, que, en ocasiones, arriñonada en alguno de los costados del corral, parece pugnar por romper la resistencia que ofre- cen los duros postes de flandubay, que crujen al empuje aquel, como si se quejaran de ser tratados tan desconsiderada- mente...

A campo abierto, a pocos pa- sos del lugar de la yerra, se han preparado las hornallas, donde los asadores muestran ya, en el dorado lamer del fuego, media docena de hervientes costillares de capón, que están haciendo suya en la boca de los enlaza- dores...

Y es tan típico el ambiente, y hay tanta sinceridad nativa en aquella mañana de faena campera, que no falta la canina puestera del establecimiento, que pone en ella una nota polieroma, con su vestido de per- cal floreado y aquel pañuelo ce- leste, con que ha pretendido di- stinguir sus grandes senos de vaca Durhan...

Ah, china linda! Si cada vez que va y viene con aquel ja- rrito enlozado en que ceba ma- te amargo, se difía que es como un soplo de pampero, ponien- do en el ardor del momento, una ráfaga de fresco saludable, con su gran sonrisa y su lo- zana y contagiosa desenvoltu- ra...

Inaltnada como una planta, sembrante sobre la tibia que sostiene la pava, ennegrecida del humo de la bestia, su relucien- te semblante moreno se encien- de como una brasa; toma el recipiente con el borde de de- lantal listado y mientras ceba el cimarón, sus ojos parpalean- tes y llorosos por el rigor del humo, parecen humedecerse de antojos bajo aquel aterciope- lado de sus largas pestañas ne- grasas. Y cuando ya ha cobado el mate, y lo va a servir al hom- bre que espera, se diría que re- mata la operación aquella, con la pervaridad de su gran atrac- ción femenina, mirándolo con el entorpecido de sus grandes pu- pillas húmedas, mientras el dis- co maravilloso de sus labios rojos, deja ver dos hileras per- fectas de dientes blancos y pro- misoros de lejanos y ocultos de- lites que, por lo general, nun- ca se cumplen.

Pero esta viviente maravilla, que como árbol, ha nacido en la cuna de grámula de los cam- pones, suela ser también brava cuando la tocan e la ofenden, como si no obstante toda su ten- dencia, se convirtiera de pronto, por una ruda transformación, en flor de cardo...

Ya la tarea de los mensua- les ha terminado. El corral ha sido paulatinamente despoñán- dose de bestias bravías que mu- fen marchando en una intermi- nable hilera a través del cam- po, el dolor de aquellas dos o- peraciones brutales, de castrar y marcar a la vez, lo cual al ase- gurar el engorde del ganado de la estancia, señalará la hacien-

da con la dura prueba de una marca de fuego, que ha de lle- var para siempre jamás, como un tatuaje sobre las ancas po- ludas... Sólo queda un novillo, el último quizá del lote aquel de ganado chúcaro, que ha po- blado de aspas el corral.

Y ha de ser tal la furia de la bestia, de haber soportado el duro suplicio de la embretada, que en aquel ángulo en que ha quedado parada, está sacando la cabeza y escarbando el suelo con la cachetada de sus pezuñas delanteras, como si estuviera re- tando a duelo a aquellos "sal- vajes unitarios" que sin compa- sión alguna, le han hecho mor- der el polvo de la derrota...

El capataz a quien el paisa- ñaje del lugar apoda con el mo- te de "Barroso", y que es tan conocido como el caballo del mismo pelo en que siempre sue- le andar, está allí, apoyado de codos sobre el travesaño supe- rior de la tranquera, esperando que aquel novillo, a quien los peones tratan de espantar con gritos y alguno que otro agitar de ponchos en el aire, aban-

donadas, en un golpe certero de aspas del novillo, siente, co- mo críollo que es, el asco que le da su gran coraje, el cual no le permite que un hombre así "medio pasao", vaya a morir tan sonosamente...

Pero como no ha tiempo que perder y el gaucho aquel, el mensual, ha seguido avanzando derecho al buey, que lo mira enardecido, el capataz, ajustán- dose de un tirón al nudo del pañuelo que le ciñe el cuello, salta sobre los palos del corral, y se coloca en una imponente actitud de alerta que llena de expectativa al paisanaje.

¡Gran siete! ¡Si ya la bestia está sobre su presa!

El novillo, que ha visto aquel avance imprevisto, pero medio indeciso del gaucho, lo mira, alzando alto, muy alto, su ca- beza enhorquetada de púas y sacudiéndola un instante, como para dar mayor decisión y empuje a la bárbara idea de ex- terminio que lo domina, escarba- bando el suelo con furor de pantera enloquecida, lo atropella. El paisano que lo ve venir

¡Ah, Barroso bravo! ¡Si pa- rece allí, en medio del corral, frente a la bestia enardecida, un gladiador romano, derribado con la fuerza hercúlea de sus músculos de acero, una colum- na de piedra!

El peón, al verse libertado por aquella intervención oportuna del capataz, como quien es- capa de una catástrofe, va a in- ciar la carrera, pero le detiene la voz categorica de éste: "¡Párese, maula y ayúdeme a tumbarlo!"

Entonces se ve cómo el hom- bre aquel, reaccionando y vol- viendo a su integridad de gau- cho, después de sacudir la ca- beza, como lo hiciera el propio novillo, antes de atacarlo, asu- me la responsabilidad que estu- vo a punto de abandonar y con un brusco retorcimiento de la cola, ayuda a echar en tierra al animal, que cae dando un fe- roz bramido. Pero "Barroso", que insiste en salvar aquella vida que casi se extingue por una broma, ordena con un im- perativo categorico, que no da lugar a réplica: "¡Mándese mu- dar, amigo; no ve que lo van' achurrar...!"

Y apenas ve que el gaucho ha traspuesto la tranquera del corral, poniendo a salvo su in- conveniente situación de borra- cho, el capataz, con un movi- miento que tiene más de salto felino, que de acción humana, homa al novillo de la cola, mientras éste, levantándose, no con poco trabajo, inicia hacia la puerta del corral, un galopie- to manso, que traduce a las claras su apocada voluntad de vencido.

Esta actitud, por cierto, ha puesto un vago clamor de apro- bación en el aire, que se ex- terioriza en un "¡Ta güeno!" con que los peones salen de aquella especie de ahitamiento, en que los ha colocado la fu- gaza escena. Las mujeres asisten con los ojos grandemente abier- tos y aborrecidos, la "corajada" del capataz; pero más expresi- vas que aquellas, con grititos de tero, forman algarabía pon- deratoria alrededor del gaucho.

En tanto el borracho, que ha pasado por la dura prueba, de estar a un palmo de la muerte, espera silencioso, el paso de "Barroso", parado a dos metros de la tranquera.

Y como aquella escena lo ha rebajado enormemente ante el gauchaje y el mujerie, taimado siempre, aprovecha la oportuni- dad para vengar el ultraje, ti- rándole una puñalada, que "Ba- rroso" va venir como un relám- pago: "¡Eh, gaucho sotreta, en- tuavía no te has acobardao...!"

Y cuerpándole al golpe del acero, da un empujón al borra- cho, que va tastabillando a caer a unos metros de distancia, cla- vado en su propio puñal!

En un carro de pértigo, en- tre un montón de marcas, cue- ros, cinchones... el muerto, de espaldas, rígido el cuerpo, pa- rece mirar el cielo de aquel aquel atardecer de púrpura...

Siguen el carro, una media docena de gauchos, entre los que va "Barroso".

Las vacas diseminadas por el campo, se espantan al paso del carro, como si comprendieran la trágica carga que va en él.

Y cuando después de dejar al muerto, cada cual regresa a su rancho, un grito de lechura hace estremecer a "Barroso", que taciturno se persigna, con un miedo de ser el culpable de aquel inesperado crimen.

El capataz mira aquella esce- na con cierta prevención den- tro de su coraje gauchesco. ¡Al fin y al cabo, es el responsa- ble de todo lo que pase en aque- lla mañana de trajín campero! Y aun cuando entre él y el men- sual, existen viejas divergencias, que bien podrían quedar solu-

ELIO BERNARDEZ JACQUES  
ILUSTRACION DE RECHAIN

# Museo de la Confusión

Cierta locador que responde al nombre barón de La Roche ha tiempo por causas sospecha- bles se quedó sin inquilinos. Desde entonces su propiedad ocu- pante un mercado cartel con la baldía inscripción Se Alquila. Una de las dependencias de la inhospitalaria vivienda se titula La Madre y la Hija, y dice así:

Sentados hallábase frente a frente... la madre y junto al brasero, que desenredaba una madeja que formó nudos; ella, en un rincón del cuarto tejiéndole una bufanda para resguardarse del frío que llegaba a las entrañas.

Es de lamentar el trabajo inútil que se está tomando esta se- ñorita para contrarrestar los efectos de la baja temperatura de los menudos. Penélope, ciertos arácnidos. Juan Tejedor, etc., le podrían haber enseñado que una boa, una bufanda, una gola, apenas si dan abasto para recubrir una limitada porción del cuerpo, como ser el cuello. También la podía haber ase- sorado aquella expresión tan conocida y castiza que dice, después de pasar por la censura: la ma- dre, la hija y la manta que las cobija, y no la bufanda que las cobija, como pretende la tejedo- ra del poema.

El locador se vuelve después completamente locatelli en una composición titulada ¿? y cuya respuesta más conveniente sería el manicomio y el rhalceo de fuerza. He aquí algunos buenos fragmentos:

Y cuando ese rudo golpe a la nostalgia en el tiempo nos cerra, que al futuro en un día nueva- mente nos aviste queriéndonos detener en sus miradas de fuego,

con nuestro pasado recordando, desenlazarnos del camino, a su camino sin fin, ignoto, que a paz tiempo nos habla tú en mis remos entonces co- locada, las plegaba las tayas, mi remo la tuya se dejó entre- tos y así fuertes fundidos en ese don divino que ibamos íbamos más de ese raudito hu- yendo al país del Olvido.

Después de esto sólo nos ca- be aquello de: el desenloquece- dor que el desenloquecera, buen desenloquecedor será.

La poetisa Alfonsina Storni también tiene sus momentos de sanatorio y muros tapizados. Expresa en el poema Capricho:

¿Con quien me has confundido, oh precor primavera



De mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado? ¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado Creste que era un árbol o alguna enredadera?

No creo en la precocidad de esta estación que supone que una enredadera pueda estar de pie y llegar a grandes alturas hallándose solitaria "en medio del campo sin una escalera don- de treparse o un palenque don- de erigirse. La viveza de esta primavera se pone de manifiesto nuevamente en la cuarteta que sigue:

¿Confundiste mis ojos con dos flores de cardo? ¿Mis cabellos con una dorada pelusilla? ¿Con un fruto ligero mi apaga- gada mejilla, y mi Coty con una emanación de bardo?

Cierta preocupada revista co- rrespondiente al 20 de febrero, en una sección denominada El A. B. C. de las Madres, da nor- mas para la oratoria de nomatos, y otros microorganismos. Dice entre otras cosas refiriéndose a estos ejemplares:

Así que pueda articular algu- nas sílabas será ocasión de en- señarle a pronunciar el san- to nombre de Jesús, que pro-

bablemente el pronunciará "Tesus" a causa de la dificul- tad de la j; al mismo tiempo se juntarán sus manecitas y se le hará contemplar un cuadro de la Virgen y el niño.

La pedagogía no nos dice cómo continuará esta enseñanza de historia sagrada, lo cual es de lamentar, pues las verdaderas dificultades recién van a surgir más adelante cuando haya que enseñarle al nenúfar a pronun- ciar el Santo nombre de Judas que él pronunciará Tudas por la dificultad de la j y haya que mostrarle el cuadro de Juan de Juanes o Tuan de Tuanes, La Última Cena, obligándolo a re- cubrirse con barbas postizas, aureolas y a escribir el número 13 que el niño escribirá 14 por la dificultad del segundo guaris- mo. Dificultades análogas se presentarán al mencionar el nombre Jonás y al hacer uso de gobelinos, mapas, tapices y estatuas correspondientes al distin- guido cetáceo y a su alimento, mientras al bebe lo tenemos ro- deado de escamas y medio en una bolsa. Otros consejos:

Cada vez que su madre le coloque una prenda (abrigo, sombrero, zapatos, etcétera), acompañará la acción con el nombre.

Salvo algunas excepciones, como ser: cuando la madre le coloque un habero, debe evitar cubrirlo de baba; cuando le ponga los zapatos no es conve- niente agarrarlo a patadas, como tampoco es necesario al poner- le el abrigo, comenzar a sudar copiosamente hasta el punto que se caiga el empapelado de la pieza y se agote la capa aislado- ra. Después se explica:

Esto es conveniente para que sepa asociar los nombres que aprenda a las acciones o a las cosas; de este modo, la sim- ple vista de ciertos objetos le suzerará la idea de los actos



Ante todo no creo que la me- jor manera de enseñarlo a dife- renciar un pronombre de otro sea matándolo de hambre y obli- gándolo a decir cada cinco mi- nutos, Tucidides tiene hambre, Testoni quiere desayunarse, etc.

Dudo también que la frase yo corro, tú atrápame, dé buenos resultados como para mantener una conversación, sobre todo si al correr, uno se sube a un tran- vía y nuestro interlocutor se ve precisado a alquilar una moto- cicleta para tratar de alcanzar- nos y dar su opinión. Es indudable que cuando el párvulo consigue decir: yo rajo, tú cá- chame, ya estará en condiciones de jugar a la rayuela correcta- mente.

## Animula Vágula

# El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez

